Hija y Madre

ARITMÉTICA GENERA

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 4.° — 2 reales

ADMINISTRACIÓN

CALLE DE DON MARTÍN, 13

TELÉFONO NÚMERO 3.197

—

MADRID

HIJA Y MADRE.

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

Don Manuel Tamayo y Baus;

estrenado á 19 de Mayo de 1855, en el teatro del Príncipe, á beneficio de D. Victorino Tamayo y Baus.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor núm. 9.
1855.

Al Sr. D. Cándido Nocedal.

Cuando por mútua inclinacion se acercan las almas, la amistad en breve término se hace antigua. Nacida ayer la nuestra, dijérase hoy que habia vivido ya largos años; y asi como V. se goza en ver premiados mis afanes en la pacífica arena de la literatura, yo me complazco en verle á V. defender con sumo talento, valor extraordinario y nobleza nunca superada, sus íntimas convicciones en el revuelto campo de la política.

Cediendo, pues, ahora á la natural impaciencia que aviva nuestro anhelo de publicar los sentimientos honrados y puros que nos enaltecen á nuestros propios ojos, olvídome de que la ofrenda es mezquina para quien tan grande la merece; y mi pluma, antes por mi corazon movida que por mi mano, junta en la presente obra al nombre de Cándido Nocedal el de su mas tierno y cariñoso amigo

Manuel Tamayo y Baus.

PERSONAS.	ACTORES.
LA CONDESA DE VALMARIN..	DOÑA TEODORA LAMADRID.
TERESA......................	DOÑA LORENZA CAMPOS.
ELENA, bajo el nombre de MARIA.	DOÑA RAFAELA TIRADO.
ANDRES.....................	D. JOAQUIN ARJONA.
D. LUIS DE GUEVARA........	D. VICTORINO TAMAYO.
EL DUQUE DE CAMPO-REAL..	D. JOSÉ MARIA GARCIA.
JOSE RUIZ...................	D. FERNANDO OSSORIO.
ANTONIO.....................	D. FERNANDO CUELLO.
Señoras, caballeros y lacayos.	

La accion del primer acto pasa en una quinta poco distante de Madrid; y en esta villa, en casa de la Condesa, la del segundo y el tercero.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El papel de ELENA se ha escrito para la niña DOÑA RAFAELA TIRADO, cuyo precoz y peregrino ingenio merece los mayores encomios; pero los directores de teatros que quieran ejecutar esta obra, y no cuenten con una niña para su buen desempeño, podrán encomendarlo á la dama jóven de la compañia, sin necesidad de hacer en el texto más variaciones que las de fechas que en él van marcadas por nota.

ACTO PRIMERO.

Parque.—A la izquierda fachada lateral de una quinta con dos puertas.—Verja en el foro.—Un banco de piedra á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CONDESA *y* TERESA.

CONDESA. ¿Has anunciado ya que marcharémos esta tarde?
TERESA. Ya lo anuncié.
CONDESA. ¿Y el Duque no ha vuelto aun de la caza?
TERESA. Aun no. Si quisieras hacerme caso, dilatarias un poco más el volver á Madrid.
CONDESA. ¿Y á qué esa dilacion?
TERESA. Para que pudieras pensar si te conviene ó no llevar á cabo el proyectado casamiento.
CONDESA. ¿Ahora sales con eso?
TERESA. Ya sé que el Duque es riquísimo, y que aun conociendo el mal estado de tu fortuna te dá mano de esposo; y una vez casada con él, podrás satisfacer tus deudas y volver á cautivar la atencion de toda la córte.
CONDESA. ¿Te pareceria mejor que permaneciese en esta quinta, en donde ha dos meses me muero de fastidio, y diera lugar á que mis acreedores recurriesen á los tribunales en contra mia? De tan fea mancha debo librar el nombre que heredé de mi esposo.
TERESA. Lo mejor hubiera sido contener á tiempo tu despilfar-

ro. Pero ¡qué! te empeñaste en competir con las más opulentas damas; en asombrar con el lujo de tus trenes y la suntuosidad de tus fiestas; en ser en fin ídolo de la córte. Cierto es que esto lo has conseguido; pero sucedió lo que no podia menos de suceder.

CONDESA. Sermones excusados, Teresa; que yo no puedo vivir de otro modo. Mala hija y madre desventurada, quise ahogar mis remordimientos y mi dolor en los atractivos del mundo, que de pronto vi aparecer ante mi vista; y ya, lo repito, ese ruido que aturde mi cabeza, esa brillantez que ofusca mis ojos, esa agitacion que endurece mi pecho, son de todo punto necesarios á mi existencia. Está además resuelto mi enlace. El Duque con su amigo Guevara vino ayer en busca mia para conducirme á Madrid, en donde mañana debe firmarse el contrato de boda. Y á fé que no adivino por qué se te ocurre ahora darme tales consejos.

TERESA. ¡Ay Maria! no todos se parecen á tu difunto, y si ese tan encopetado señoron llegase á descubrir un dia...

CONDESA. ¡Teresa!

TERESA. De fijo reventaba del sofoquin, ó nos hacia reventar á nosotras, que aun seria peor. Tengo de algun tiempo á esta parte un desasosiego..... unos temores..... Y si vieras qué noche tan mala he pasado... ¡Qué soñar tan penoso! Juraria que he visto á tu padre en cuerpo y en alma.

CONDESA. ¿Te has propuesto mortificarme?

TERESA. Verle he creido tal y como le vimos en Nápoles hace siete (1) años, fijo en la orilla del mar y tendiendo los brazos hácia la barca en que íbamos nosotros.

CONDESA. Basta: te he prohibido que me mientes á mi padre.

TERESA. ¡Pobrecillo! Ya la pena le habrá matado.

CONDESA. Te engañas: en el mundo todo se olvida.

TERESA. Olvidan los hijos á sus padres, y por eso tú te olvidaste del tuyo; pero no los padres á sus hijos: y prueba de ello es que tú aun te acuerdas y siempre te acordarás de tu hija.

CONDESA. ¡Oh, si yo no la hubiese perdido, cuán otra seria! ¡Oh, si aun viviera, si la recobrase al fin, y entre mis brazos pudiera estrecharla, ¿qué se me daria á mí de mis ri-

(1) Diez.

vales y sus miserables intrigas, ni de la córte, ni del universo todo? Entonces si que renunciaria contenta á esa pompa que ahora tanto me seduce y halaga; entonces si que viviria dichosa en el más desierto rincon de la tierra. Ah, don Luis: déjanos. (*Váse Teresa.*)

ESCENA II.

CONDESA *y* D. LUIS.

LUIS. Apostaria á que ha hablado usted de su hija con Teresa.

CONDESA. Si, amigo mio: tal es la causa de mi afliccion.

LUIS. Fácil era adivinarlo. ¿Y nunca logrará usted desechar tan funesta memoria?

CONDESA. Cuando el cielo decreta la muerte de un ser querido, fuerza es acatar su voluntad, y la resignacion consuela y alivia; pero cuando se pierde, como yo perdí á mi hija, la angustia y la desesperacion con el tiempo se aumentan en vez de disminuirse. Ademas yo puedo presumir razonablemente que mi Elena vive todavia. Quizá la conserve en su poder el infame bandido que me la arrebató; pero si vive, ¡qué vida será entonces la suya!

LUIS. ¡Eh! no hay que hablar mas de ese asunto. Con que ¿de fijo nos marchamos esta tarde á las siete?

CONDESA. De fijo. A la una ya estarémos en Madrid, y podrémos descansar toda la noche.

LUIS. Noche fatal será para mí la que preceda al dia en que ha de firmar usted su contrato de boda.

CONDESA. ¿Volvemos á lo de siempre?

LUIS. Usted podrá no quererme; pero lo que es impedirme que la adore y se lo diga á cada momento...

CONDESA. ¿Y si el Duque lo sabe?

LUIS. Buen cuidado se me daria á mí de eso. Harto hago con no oponerme á que semejante matrimonio se verifique.

CONDESA. Y ¿cómo podria usted estorbarlo?

LUIS. ¡Bah! deteniendo á mi rival en su camino con la punta de una espada ó la boca de una pistola.

CONDESA. No me prive usted del placer de estimarle sin reserva alguna. Usted es miúnico amigo.

Luis. Diga usted su esclavo... su juguete.

Condesa. ¡Don Luis!

Luis. Adoro á usted, y no porque adorarla esté hoy de moda en la córte, sino porque tal es mi destino; y sin embargo renuncio de buen grado á competir con mi rival, porque reconozco que yo no podria hacerla á usted venturosa. Mil veces me he dicho á mí mismo: Goce ella, y aunque yo rabie...

Condesa. Cuente usted con mi eterno agradecimiento. ¿Y está usted seguro de lo que anoche me dijo?

Luis. Segurísimo. ¡Oh, si tuviese yo el dinero que á usted le hace falta, qué pronto se desvanecerian tales apuros!

Condesa. No hablemos de eso. Ya encontré medio de salvar mi decoro. Pero ¿ha visto usted qué mujer tan inícua?

Luis. ¡Qué quiere usted! El que lucha á todo se expone; y usted ha luchado con la Marquesa; la ha vencido, arrebatándole primero el prestigio de que por hermosa y elegante gozaba en Madrid, y despues el nombre y tesoros del Duque, los cuales ya consideraba como suyos.

Condesa. Despues que á ella me ha pretendido el Duque, cierto es; pero no tengo la culpa de que sea veleidoso. Es infame la conducta de esa mujer. ¡Qué! Si apenas me atrevo á creerlo.

Luis. Pues no hay más. La Marquesa de Torralva ha hecho comprar varios de los créditos que contra usted existian en Madrid, por medio de un agente suyo, el cual recurrió ayer á los tribunales. Fácil es de colegir que con esto se propone la Marquesa disfamarla á usted y ver si logra desbaratar ó retardar cuando menos el enlace del Duque. Ella sabe muy bien que este señor es por extremo encopetado y meticuloso.

Condesa. Pues mañana mismo quedará pagada esa deuda; por la noche se firmará mi contrato de boda, y á fé que he de castigar tan perversa trama.

Luis. Lo que es en eso hará usted muy bien; pero en cuanto á lo de casarse... vamos, no me puedo acostumbrar á la idea de que usted va á ser esposa de otro. Le sentaba á usted tan bien la viudez! ¿Y qué, aun sigue cazando su excelencia?

Condesa. Supongo que si, porque todavia no ha vuelto.

Luis. Si siquiera se le hubiese tragado un lobo.

Condesa. No diga usted niñerias.

ESCENA III.

DICHOS *y el* DUQUE.

DUQUE. ¿He tardado mucho?
LUIS. Poco, poquísimo... (por mi cuenta.)
CONDESA. ¿Se ha divertido usted?
DUQUE. Asi... asi.
LUIS. ¿Y cuántas liebres se han matado?...
DUQUE. Ninguna.
CONDESA. ¿Pues en qué ha pasado usted el tiempo?
DUQUE. Estaba tan distraido pensando en usted, que siempre me cogian de improviso las condenadas.
CONDESA. Mucho me lisonjea la excusa.
DUQUE. ¿Excusa? Pues qué, ¿la ventura que me aguarda no ha de preocuparme? ¿Verdad, Guevara, que en cuanto me case con la Condesa voy á ser el hombre mas envidiado del mundo?
LUIS. (¡A mí me lo pregunta!)
CONDESA. Siempre mereció usted fama de galante.
DUQUE. Ahora no soy mas que justo. No veo el instante de poder ufanarme con el título de esposo de usted. Apuesto, Guevara, que á usted, si se viera en mi caso, le sucederia lo mismo.
LUIS. (Hágale usted que calle, porque si no...) (*Bajo á la Condesa.*)
DUQUE. ¿Qué le dice á usted don Luis?
CONDESA. Me pregunta si he convidado al baile que daré mañana en Madrid á la marquesa de Torralva.
DUQUE. ¡Ay Condesa! Cuando yo tuve relaciones con esa señora no la conocia á usted bien. (La pobre está celosa.)
LUIS. (¡Fátuo!)
DUQUE. Recordará usted que despues de llegar á Madrid con el Conde su esposo, estuvo usted algun tiempo retraida del mundo con motivo de la pérdida de su hija.
CONDESA. Que acibarará todos los dias de mi vida.
DUQUE. Conozco que he cometido una imprudencia.
CONDESA. ¡Oh! no: la llaga estará siempre abierta en mi pecho.

ESCENA IV.

DICHOS *y* TERESA.

TERESA. Señora.
CONDESA. ¿Qué?
TERESA. Un hombre de mala traza, con el embozo hasta los ojos, acaba de llegar, y dice que desea hablar con usía.
CONDESA. Pregúntale qué quiere. (*Váse Teresa.*)
DUQUE. Será algun bribon, y querrá sin duda abusar de la generosidad de usted. Creo que no debe usted recibirle.
LUIS. ¿Y por qué?
DUQUE. ¡Ya! usted la echa de despreocupado... de filósofo... no se desdeña de hablar con nadie... piensa que todos debemos estar á merced de cualquier tuno que quiera saquearnos el bolsillo ó hacernos perder el tiempo.
LUIS. Rarezas mias, Duque.
TERESA. Ha insistido en que viene á hablar con usía de un negocio muy importante. (*Saliendo de nuevo.*)
DUQUE. ¿De qué negocio ha de venir á tratar con usted un hombre, que segun dice Teresa, tiene tan mala traza?...

ESCENA V.

DICHOS *y* JOSE RUIZ.

JOSE. Cada uno tiene la traza que Dios le dió, caballero.
TERESA. Me ha venido siguiendo. ¡Qué desvergüenza!
JOSE. Punto en boca, abuelita.
CONDESA. En efecto. Podia usted haber aguardado...
LUIS. ¿Quiere usted que le haga salir más que de prisa?
JOSE. ¡Eh! no hay que amostazarse. ¿Me conoce usía? (*Desembozándose y acercándose á la Condesa, que retrocede al verle.*)
CONDESA. ¡Cielos! ¿Qué veo? ¿Será posible?...
TERESA. ¡Sí! no hay duda: bien presente tengo yo esa cara de condenado.
JOSE. No vale poner motes, mi alma.
CONDESA. ¿Eres José Ruiz?
JOSE. El mismo que viste y calza, señora.
CONDESA. ¡Dios mio!... ¿Es esto un sueño?...
DUQUE. Pero, ¿se puede saber...

CONDESA. ¿Ven ustedes á ese hombre?... Pues él fué quien me robó á mi hija.

DUQUE. ¡Cómo!... ¿Este fué...

CONDESA. Mil diligencias se practicaron inútilmente en busca suya, y ahora...

JOSE. Vea usía como cuando Dios quiere las cosas se vienen á la mano.

TERESA. Que le prendan, que le prendan al punto. ¡Favor, socorro!

LUIS. No se escapará.

JOSE. Señora, mande usía á esa vieja que calle y á este señorito que me suelte. Yo vengo de paz; más: vengo á hacer un favor.

CONDESA. Si, déjenle ustedes: y tú habla, ó teme el justo castigo de una madre que es tan desgraciada por tí.

JOSE. Pues, como iba diciendo, hará siete años (1), pico más, pico menos, que yo con mi gente asalté un coche en un camino de Andalucia.

CONDESA. Y no encontrando sobre nosotros las riquezas que sin duda esperabas, decidiste quedarte con mi hija en rehenes, hasta tanto que á lugar convenido se te llevase una crecida cantidad de dinero.

JOSE. Cabales: asi pasó la cosa sin quitarle ni ponerle.

DUQUE. ¡Y lo confiesa de buenas á primeras el muy descarado!

JOSE. ¡Toma! Pues si es verdad.

LUIS. Pero usted se siente mal... ¿Quiere usted que yo le interrogue?

CONDESA. No nos interrumpan ustedes. Di, infame, di, malvado, ¿por qué no esperaste al emisario nuestro, á quien ofreciste entregar mi Elena, si él te daba la cantidad que habias exigido?

JOSE. Porque ni pude esperar, ni estaba en mi mano devolver á la chica.

CONDESA. ¿Por qué? Habla: dilo. No, no; si has de decirme que murió la hija de mis entrañas, vete y no me lo digas.

JOSE. No diré yo tal cosa: que tal como á usía se lo quité, salió de mis manos el angelito.

CONDESA. Explícate entonces, y pronto, pronto...

JOSE. A las cuatro ó cinco horas de haber tenido yo el gran-

(1) Diez.

dísimo gusto de ver esa cara de cielo...

DUQUE. ¡Pues no se atreve á requebrarla!

JOSE. Sosiegue usted el pecho, señor, que no me la comeré con la vista.

CONDESA. Sigue, no te detengas.

JOSE. Pues como digo, aquella misma noche topamos con uno que al parecer no valia la pena de que le registrásemos los bolsillos; pero, por aquello de que debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor, procedimos á esta operacion; y en ella estábamos cuando, como si brotasen de debajo de tierra, se nos encaja encima una partida de tropa que sin duda emboscada nos aguardaba. El zipizape que alli se armaria no hay para qué explicarlo. Tuve un mal pensamiento; y ya iba á saciar mi coraje en la criatura que llevaba en los brazos...

CONDESA. ¡Gran Dios!

JOSE. Cuando el tal de que he hablado á ustedes me dió con un guijarro en la frente, y ahi está la señal que no me dejará mentir; me quitó la chica, y dióse á correr en direccion opuesta á la que nosotros y la tropa tomamos. Ya sé que á usía no le han devuelto la criatura, y supongo que aquel maldecido se ha quedado con ella.

CONDESA. Y ese hombre, ¿cómo se llama, quién es? ¿Sabes dónde está? ¿Dónde podré hallarle?

JOSE. Casualmente le he vuelto á ver, y al instantito le he reconocido, por varias circunstancias que yo me sé.

CONDESA. ¿Y la niña?

JOSE. Es, ó mucho me engaño, una que lleva siempre consigo. ¿No es verdad que en la palma de la mano izquierda tenia una señal de nacimiento?

CONDESA. Si.

JOSE. Vamos: es ella misma.

CONDESA. Y ¿qué tardas? ¿Dónde está ese hombre? Yo misma iré á buscarle.

JOSE. Por lo visto á usía le interesa mucho averiguar el paradero de la criatura.

CONDESA. ¿Eso me preguntas ahora, miserable? ¿Pues no sabes que es hija mia? ¿Acaso vosotros no teneis corazon?

JOSE. ¡Ay, señora! cada uno tiene su alma en su armario.

CONDESA. Pues bien: devuélvemela y pide en cambio lo que quieras.

JOSE. A pedir he venido, que la ocasion ha de cogerse por los cabellos; y ayúdame y te ayudaré;.. y toma y daca;.. y...

LUIS. ¿Hasta cuándo va á durar esa letania? Hable usted, ó vive Dios!

JOSE. Déjese usted estar, señorito, que nadie nos corre. He sido ladron, pero no tengo sobre mi conciencia una mala muerte. Acabo de pasar tres meses seguidos con mi madre, que es una viejecilla muy guapa, que anda con la barba por el suelo, y que me quiere más que á las telas de su corazon. Tanto me ha sermoneado y tanto ha hipado la pobre,.. que... la verdad,... no me dá vergüenza decirlo... me ha metido en ganas de cambiar de bisiesto y hacerme hombre de bien. Pero si yo me asomo por esos mundos, pueden bonitamente echarme la garra; y á los señores de la curia puede antojárseles ver qué figura hago pendiente de una cuerda, y el hijo de mi madre no nació para verse colgado como los melones. Con el aquel de evitar esta contingencia he pedido mi indulto, mas no tengo ni una rata que me favorezca en Madrid; y aprovechando las circunstancias, he dicho para mi capote: «Pues señor, vámonos é buscar á mi señora la Condesa, y á proponerle que sea mi madrina, y me saque el indulto; en cambio de lo cual, yo le descubriré el nombre del que se llevó á la chavala, cuál es su modo de vivir, dónde sobre poco mas ó menos se podrá darle caza, y todo lo que me pregunte y un poquito mas.

CONDESA. Bien: te juro hacer lo que me pides. Esta tarde salgo para Madrid; mañana me arrojaré á los pies del mismo rey; y muy pronto, mañana quizá quedarás indultado.

JOSE. Pues trato hecho. Tambien marcho á Madrid y enviaré por la razon á casa de usía.

CONDESA. Si; pero dime antes lo que deseo.

JOSE. Lo que es eso necuacuam, señora, porque estan verdes.

LUIS. ¿Desconfias de la palabra de la Condesa?

TERESA. ¿Y quién nos asegura que cuanto él nos ha contado no es un embrollo?

DUQUE. Tiene razon Teresa.

JOSE. Mire usted, señor: en toda España, sin agraviar á nadie, no hay un ladron tan honrado como yo. ¿Ve usía (*A la Condesa.*) este escapulario en que está pintada la

Virgen del Cármen? Por su nombre santísimo juro y perjuro que mi boca en esta ocasion ha sido boca de verdades.

CONDESA. Te creo; pero sé clemente y no dilates ni una hora más mi ansiedad, mi zozobra, mi desconsuelo. Por esa Virgen te lo suplico, y si es preciso te lo suplicaré de rodillas.

DUQUE. ¿Qué hace usted, señora?...

JOSE. Puede usía creer que esas lagrimillas me han traspasado el corazon, que lo tengo muy blando; y con esto y para no cansar más, aqui sobra uno.

LUIS. No saldrás, villano; y al punto te pondremos en manos de la justicia.

JOSE. Me rindo á discrecion, señorito. Ni un alfiler traigo en todo mi cuerpo. Haga usted lo que guste; pero entonces, tan cierto como que todos nos hemos de morir, que no diré ni una palabra, y la chiquita no parecerá nunca.

CONDESA. Déjenle ustedes; que se marche, que haga lo que quiera. ¡Y hay de él si me engaña!

JOSE. ¿Pues no ha visto usía que he jurado por la Virgen del Cármen?

CONDESA. Prométeme que te hallaré mañana en Madrid.

JOSE. Iré á Madrid, y alli sabrá usía mi escondite, que yo no desconfio de nadie. Con que, hasta mañana, madrinita mia. Salud y pesetas, caballeros. Con Dios, abuela. *(Váse por el foro derecha.)*

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* JOSE RUIZ.

CONDESA. ¡Qué inesperada felicidad! Ya no me quedaba esperanza alguna de volver á ver á mi hija; y ahora casi estoy cierta de que vive, de que dentro de algunos dias tal vez la tendré á mi lado.

DUQUE. No eche usted en olvido, Condesa, que antes es preciso lograr el indulto de ese bribon;.. y la vindicta pública...

CONDESA. Lo lograré: si algun obstáculo se presentase, á una todos procurariamos vencerlo.

LUIS. ¡Y no faltaba más sino que no pudiesemos alcanzar tan

pequeña cosa!

CONDESA. Ya lo dije: acudiré al rey mismo, me arrojaré á sus plantas, y accederá á mis ruegos. ¡Es tan elocuente la voz de una madre! ¿Y tú, Teresa, nada me dices? ¿No te alegrarás de volver á ver á la pobre criatura á quien tanto querias?

TERESA. Calle usía, señora, que estoy que se me puede ahogar con un cabello.

DUQUE. Nà hay que prometérselas tan felices. Muy amargo seria despues un desengaño.

CONDESA. No habrá dispuesto Dios lo que acaba de suceder, para arrebatarme de nuevo la esperanza. Quiero esperar y abandonarme entera á la dicha que con fundado motivo me embarga el alma. Sígueme, Teresa. Vamos á ver si está ya todo preparado para el viaje. No veo el instante de llegar á Madrid. ¡Elena! Elena mia, vuelve á los brazos de tu madre. (*Váse con Teresa.*)

ESCENA VII.

D. LUIS *y el* DUQUE. *Despues* ANDRES *y* MARIA.

DUQUE. Esta mujer va á perder la cabeza.

LUIS. No es para menos lo que le pasa. Yo mismo estoy aturdido, asombrado... ¿Quién se habia de figurar?...

DUQUE. Si, ciertamente: la venida del hombre ha sido un escopetazo. (*Andrés y Maria se detienen en el dintel de la verja del foro y aquel toca la gaita.*)

LUIS. Vea usted, ya tenemos música para solemnizar el acontecimiento.

DUQUE. El diablo que la resista.

LUIS. ¡Pobre gente!

DUQUE. ¡Eh! váyanse al punto.

LUIS. Mire usted qué linda es la chiquilla.

DUQUE. Si lo será; pero por todos los santos, que callen.

LUIS. Basta de música: se os pagará porque no toqueis.

MARIA. Entonces mejor que mejor. (*Acercándose. Andrés permanece en el foro.*)

LUIS. ¿Qué malos vientos os traen por aqui?

MARIA. De Madrid venimos, y vamos á donde nos lleven los pies; y de esta manera nos ganamos la comida por el camino.

LUIS. ¿Y como cuanto querrias tú que te diesemos?

MARIA. Si es que nada me ha de dar su merced, mal hace en engañarme.

LUIS. Desconfiada eres, muchacha.

MARIA. Un poquillo, que viviendo se aprende.

LUIS. Si, que tú has vivido mucho! ¿Cómo te llamas?

MARIA. Maria, para servir á Dios y á su merced. ¿Con que hay algo para nosotros?

LUIS. Ya te he preguntado que con cuánto te darias por satisfecha.

MARIA. Vamos, señor: déme lo que guste y no me tiente la codicia.

LUIS. Lo que me pidas ofrezco darte.

MARIA. ¿Y si pido mucho?

LUIS. No importa.

MARIA. Pues vengan dos reales.

LUIS. Vayan veinte. (*Dándole un duro.*)

MARIA. ¡Veinte! ¿Qué, de veras todo esto es para mí?

LUIS. Si, hermosa.

MARIA. ¡Un duro! ¡un duro! ¡Qué alegria! Pero no; esto debe ser demasiado. Tenga usted ahi. Padre, aquel caballero quiere darme un duro: ¿lo tomo?

ANDRES. Tómalo, hija mia; y besa la mano á ese señor por la merced que nos hace.

MARIA. Pues venga el duro, y ahi va el beso.

LUIS. Ahi va el duro, de balde. (*Resistiéndose á que Maria le bese la mano.*)

MARIA. ¡Qué buen corazon debe tener este señor! ¿Nos permite su merced descansar un ratito á la sombra de estos árboles? ¡Hay aqui tantas flores!...

LUIS. Descansad enhorabuena.

MARIA. Y bien que lo necesita mi pobre padre.

LUIS. Apuesto á que en todo el dia no han comido los infelices.

DUQUE. Y si va usted diciendo amen á todo le que la niña desee...

LUIS. ¿Pero no ve usted qué graciosa es?...

MARIA. Ea, padre: siéntese usted aqui, que estos señores lo permiten. (*Trayendo de la mano á Andrés hácia el proscenio y haciéndole sentar en un banco.*)

DUQUE. ¿Cómo? ¡Sentarse en nuestra presencia!

LUIS. Deje usted que el pobre viejo descanse.

DUQUE. Vámonos, Guevara: no es decoroso permanecer al lado de esta gentecilla.

LUIS. Pero ¿qué le pasa á tu padre? ¿Está enfermo?

MARIA. No señor; está como alelado de resultas de una pena muy grande que tiene, y en tal dia como hoy se le aumenta todos los años.

LUIS. ¿Y por qué asi? (*A Andrés.*)

ANDRES. ¿Por qué?.. ¡Ay señor! porque tal dia como hoy perdí... todo lo perdí, todo...

DUQUE. De cierto va á contarnos que perdió su fortuna...

MARIA. No señor; que lo que perdió hace diez (1) años fué una hija muy bonita, á quien queria más que á las niñas de sus ojos.

DUQUE. Y qué, ¿aun llora á la difunta?

MARIA. Cá: si no murió.

DUQUE. Pues no entiendo.

MARIA. Verá usted. La muy pícara se le escapó un dia de su casa; y desde entonces...

LUIS. ¡Hola! ¡hola! (*Antonio atraviesa con bultos de equipaje desde la puerta de la quinta á la verja del foro.*)

DUQUE. (¡Qué cotorra es la niña!)

MARIA. Y él ha dado en la manía de que la ha de buscar por toda la tierra.

LUIS. ¡Coincidencia más rara! ¿Oye usted esto, Duque?

DUQUE. En efecto: hoy llueven niños perdidos. No sé qué gusto tiene usted... (*D. Luis, sin hacerle caso, se acerca á Andrés, que permanece inmóvil sentado en el banco.*)

LUIS. Animo, buen viejo: por esta muchacha sé la causa de la pesadumbre que en usted reparo.

ANDRES. Y qué, ¿usted me compadece; verdad?

LUIS. ¿Cómo no, si es usted desgraciado? ¿Quiere usted contarnos sus penas?

ANDRES. Si señor, si usted quiere oirlas...

DUQUE. Pero hombre...

LUIS. Este es un entretenimiento como otro cualquiera. Ya escucho.

ANDRES. Verá usted, señor, verá usted qué suerte tan maldita he tenido siempre. Nací en un pueblo de Saboya, señor, y fuí expuesto en el átrio de una iglesia, donde me recogieron unos gitanos, que me criaron y me en-

(1) Diez y siete.

señaron á danzar y hacer volatines. Cuando tuve algunos años quise trabajar por mi cuenta, y puse pies en polvorosa para librarme de aquellos condenados. Pronto hallé colocacion en cierta compañia de titiriteros, y á poco tiempo ninguno habia que igualase en mérito á Andrés el Saboyano. Por este nombre era yo conocido. Y ¡si viera usted cuánto me aplaudia la gente! Enamoriquéme de una tal Jeanetta, que pronto me arrebató el cielo; pero dióme en cambio una hija. ¿Oye usted esto? (*Con gran gozo.*) ¡Yo fuí padre!... ¡Yo, que hasta entonces no habia sido nada en el mundo!... Todo cambió á mi vista. Comprendí lo que era vicio y virtud: reveláronme los latidos de mi pecho la existencia de un Dios. Ustedes tienen que repartir su corazon entre el padre, la madre, el hermano, la esposa, el amigo... Entero perteneció mi corazon á mi hija. ¡Era tan hermosa! ¡Oh Dios santo, qué hermosa era mi Maria! La gente se paraba embelesada en medio de la calle cuando la veian pasar. En tenerla tan compuesta como una señorita, en que viviera con el mayor recogimiento y recibiese una educacion esmerada cifraba yo mi ventura. ¡Con cuánto gusto exponia mi existencia en ejercicios peligrosos por adquirir cada dia más fama y ganar más dinero! Me habia vuelto avaro, avaro para mi hija. Acababa de cumplir diez y seis años y un dia... ¡Qué dia!... La busqué por todas partes; la aguardé inútilmente... ¡Ay pobre de mí! Habia huido, señor; habia huido con la mujer que la servia de aya y con un amante quizá!

LUIS. Eso es lo más probable.

ANDRES. Preguntando á los vecinos, supe que un jóven rico al parecer visitaba diariamente á Maria.

MARIA. ¿Por un novio dejar á su padre! Ya vé usted qué alhaja seria la niña.

LUIS. Y ¿cómo es que ahora la busca usted en España?

ANDRES. Buscarla era y es el único objeto de mi existencia. Tres (1) años despues estando una tarde en Nápoles á la orilla del mar, ví en una barca á mi hija, á la anciana Teresa y á un caballero desconocido para mí. Empecé á gritar, y noté que los marineros rema-

(1) Siete.

ban más de prisa. Aquellos tres infames subieron á un bergantin, y el bergantin al momento se dió á la vela. Lo que entonces me pasó no puedo explicarlo; pero lo cierto es que me arrojé al agua con intencion de perseguir á aquel buque maldito que se llevaba á mi hija.

DUQUE. ¡La ocurrencia fué soberana! (*Riendo. D. Luis le mira con desden.*)

ANDRES. Medio ahogado me sacaron del mar unos pescadores. Supe que aquella embarcacion habia salido para España. Pues á España yo tambien. Desembarqué en Cádiz; busqué á mi Maria; no la hallé. A otra parte; tampoco. A otra: y esta es mi vida. Miro á cuantos se asoman á los balcones atraidos por el son de mi gaita. Acudo á los paseos; ayuno para poder ir á los teatros. He recorrido ya no sé cuantas ciudades. En Madrid he pasado estos dos últimos meses, y todo inútil: Dios no quiere ampararme. ¡Mi hija no parece! Otro cualquiera en mi lugar ya se hubiera muerto de pena; y yo ni aun eso, ¡ni siquiera morirme!

LUIS. Tenacidad es por vida mia.

ANDRES. ¡Oh! ustedes los ricos no saben todo lo que cuestan los hijos, y no pueden quererlos tanto como los pobres.

LUIS. Nada nos ha dicho usted de su otra hija.

ANDRES. ¿De cuál?

LUIS. De esta. ¿No es tambien hija de usted?

ANDRES. ¡Ah, si! si señor; esta es una perla, un ángel del cielo.

LUIS. Pues ponga usted en ella todo su cariño paternal, y olvídese de la que le habrá olvidado sin duda.

MARIA. Eso le digo yo: que me quiera á mí sola.

LUIS. Cuando las cosas no tienen remedio...

ANDRES. ¿Y quién piensa que esta no le tiene? Vaya si lo tendrá. Estoy yo muy convencido de que un dia ú otro he de encontrarla. Hasta hoy fueron inútiles mis afanes; no importa: seguiré buscándola mientras me dure la vida. Y si al fin la encuentro; si al fin llego á ponerle la mano encima... juro á Dios... Mire usted, señor, la verdad es que si la encuentro algun dia, lo que haré yo será darle mil besos y un millon de abrazos y perdonárselo todo y morirme de alegria.

LUIS. ¡Pobre viejo!.. ¿Pero qué es eso..... qué tiene usted?

(*Viéndole vacilar y buscar apoyo.*)

MARIA. ¡Qué ha de tener! Qué hoy se empeñó en no probar bocado.

LUIS. Antonio, (*A Antonio que vuelve.*) lleva esta gente á la cocina, y que les den algo de comer.

ANDRES. No... Ya se me va pasando el vahido...

LUIS. Vaya usted, buen viejo;... tambien tú, chiquilla.

MARIA. ¡Ca! no... no señor, muchas gracias.

LUIS. Hagan ustedes lo que se les dice.

MARIA. ¡Ya!... Si usted nos lo manda...

LUIS. Lo mando.

MARIA. Entonces chitito... y á comer, padre.

ANDRES. Dios se lo pague á usted, caballero.

MARIA. Lo que es otro señorito como usted, ni con candil que se le buscára. (*Vánse por la segunda puerta de la izquierda. Empieza á amanecer.*)

ESCENA VIII.

DUQUE, D. LUIS, *y á poco la* CONDESA.

DUQUE. Usted, amigo, dispone aqui como si estuviera en su casa.

LUIS. Por bien hecho dará la Condesa lo que acabo de hacer.

DUQUE. ¡Cuidado con estarse media hora hablando con un saltimbanqui, con un gaitero!...

LUIS. Y usted, ¿por qué no se ha ido?

DUQUE. Al fin picó mi curiosidad el pobre diablo con los disparates que nos ha referido. Tambien esta gentecilla quiere echársela de sensible.

LUIS. Mire usted, Duque: no todos tienen medios para gozar en el mundo, pero corazon para amar y sufrir á nadie le falta.

CONDESA. Vamos á partir en seguida. Ruego á ustedes que se preparen. (*Saliendo por la primera puerta.*)

DUQUE. Tal como estoy pienso emprender la caminata; y Martin habrá hecho ya todos mis preparativos.

CONDESA. Ahi fuera está colocando en el coche el equipaje de usted. (*Señalando hácia el foro.*)

LUIS. Condesa, tengo que rogar á usted que me perdone el haberme tomado en su casa algunas libertades.

CONDESA. ¡Oiga! ¿qué libertades han sido esas? (*En tono de chanza.*)

LUIS. He dispuesto que den algo de comer á un pobre gaitero que ha venido con una muchacha pidiendo limosna.

CONDESA. Entonces me cumple manifestarme agradecida.

DUQUE. Y vea usted qué particular coincidencia: ese hombre se halla en el mismo caso que usted.

CONDESA. Pues ¿qué le sucede?

LUIS. El, como usted, anda buscando una hija.

CONDESA. ¡Una hija!

LUIS. Que deberia ser algo ligera de cascos, porque el viejo supone que se escapó de su casa con un amante.

CONDESA. ¡Qué!

DUQUE. Este don Luis, ya se sabe, es como Dios le hizo, y aqui ha estado departiendo con ese pobre saboyano.

CONDESA. ¿Es saboyano?

LUIS. Si.

DUQUE. Y por más señas, titiritero de profesion allá en Italia.

CONDESA. (¡Qué oigo!)

DUQUE. ¡Eh! ¿Qué es eso?

LUIS. Se ha puesto usted pálida como la muerte.

CONDESA. Si, con efecto: no me siento bien... Lo que hoy han presenciado ustedes,.. el temor,.. la esperanza... Pero vamos, vamos, no hay que detenerse, que se va haciendo tarde.

DUQUE. Voy á ver si Martin no ha olvidado nada. (*Yéndose por la verja del foro.*)

LUIS. Yo subo por un solo momento á mi cuarto. (*Váse por la primera puerta.*)

ESCENA IX.

CONDESA, *despues* MARIA.

CONDESA. ¿Qué me sucede?.. ¿Qué debo pensar?.. ¿Qué dia es este en que tan repentinas y encontradas sensaciones experimenta mi corazon? Ese hombre de quien me han hablado,. lo que de él me han dicho... ¿Acaso el cielo me arrebató á mi hija porque yo abandoné á mi padre, y no quiere devolverme á la una sin que el otro?... Pero no; imposible: despues de tanto tiempo... La historia que ese anciano les ha referido, igualmente puede ser la de muchos. Sin embargo, yo tiemblo... El compromiso,

el conflicto seria tan grande... Debo cerciorarme de la verdad... El Duque está ahí, don Luis tambien; y si lo que no parece posible... Partiré; es lo mejor... partiré sin averiguar nada. Segura estoy de que mis temores carecen de fundamento. Por lo mismo no debo condenarme á una zozobra eterna. ¡Oh! no. Partamos, partamos al punto.

MARIA. ¡Ah! ya se han ido...

CONDESA. ¿Quién eres tú? ¿Qué haces en esta casa?

MARIA. Perdóneme usted, señora, creí...

CONDESA. ¿Qué? Dilo.

MARIA. (No, no se parece al otro.)

CONDESA. ¿Qué rezas entre dientes?

MARIA. ¿Es delito rezar?

CONDESA. ¿Te burlas?

MARIA. No, no señora: líbreme Dios.

CONDESA. Quién eres te he preguntado ya.

MARIA. Y ya hubiera yo respondido, si usted no me estuviese mirando con esos ojos tan relucientes.

CONDESA. Habla.

MARIA. Soy la hija del gaitero, á quien un señor que aquí encontramos ha socorrido.

CONDESA. ¡Ah! ¿Ese titiritero, ese vagabundo es tu padre?

MARIA. Si señora.

CONDESA. ¿Pues no dicen que anda buscando á su hija?

MARIA. Bien; busca á su hija mayor.

CONDESA. ¿Con que ha tenido más de una?

MARIA. Como que tambien es padre mio.

CONDESA. (Entonces no me engañé... Respiro:... mi padre no tuvo mas hija que yo.) ¿Y qué haceis aqui todavía?

MARIA. Al momento pensamos irnos.

CONDESA. Si, marchad en seguida: en seguida. ¿Lo oyes?

MARIA. Nada tengo de sorda, á Dios gracias.

CONDESA. (Me alarmé sin motivo. Necia he sido de veras... (*Procurando recobrarse y dirigiéndose hácia la quinta.*)

ANDRES. (*Dentro.*) ¡Maria!

CONDESA. ¡Ah! (*Deteniéndose.*)

MARIA. No se asuste usted, que es mi padre.

CONDESA. ¿Maria te llamas?

MARIA. Si señora, Maria.

CONDESA. (¡Otro desatino! pues no me habia figurado...)

ANDRES. ¡Maria!

CONDESA. Que marcheis al momento.
MARIA. Si señora, si.
CONDESA. Y cuenta que voy á enviar aquí una persona para que vea si me habeis obedecido.
MARIA. Está bien: nos irémos corriendo.
CONDESA. (¡Qué susto! Cuando la conciencia no está tranquila... (*Éntrase por la primera puerta.*)
MARIA. ¡Jesus! ¡qué pícara mujer!

ESCENA X.

ANDRES *y* MARIA.

ANDRES. ¡Maria! ¡Maria! (*Saliendo.*)
MARIA. ¿No me ve usted que estoy aquí?
ANDRES. Si no te llamo á tí, criatura. Si llamo á la otra...
MARIA. ¿A qué otra?
ANDRES. A mi hija... á mi hija verdadera.
MARIA. Vámonos al momento, padre.
ANDRES. ¿Estás en tu juicio? ¡Irme ahora!
MARIA. No sea usted terco, que aquí corremos peligro.
ANDRES. ¿Pero no ves cómo rio, y cómo lloro de contento? El corazon no me engañaba. ¡Dios eterno! tú no abandonas á los padres desventurados.
MARIA. ¡Pues! sucedió lo que me pensaba. Ya le decia yo á usted que no bebiese tanto.
ANDRES. Si no es esó... si es que ya la encontré: que ya encontré á mi hija. No lo dudes, era la hija de mi corazon.
MARIA. Usted por querer quitarse las penas...
ANDRES. No me desesperes. Te digo que la he visto, como á tí te estoy viendo. Al pasar por delante de una habitacion en que habia luz, por poco me caigo redondo. Al principio se me figuró que era ella misma... luego ví que era una pintura... un retrato... un retrato suyo... y no me detuve más: eché á correr llamándola á gritos.
MARIA. ¡Dios mio! ¿Si será cierto?
ANDRES. Mentira parece; ¡pero te juro que es verdad! ¡Qué contenta se pondrá la pobre en cuanto me vea!
MARIA. Una señora ha estado aquí hablando conmigo.
ANDRES. Ella, tal vez...

MARIA. No lo quiera la Virgen; que la tal señora no tiene trazas de ser nada buena.

ANDRES. Entonces no era esa. ¿Y qué importa? De fijo la encontrarémos.

MARIA. ¡Ojalá! Pero... ¡pobrecita de mí!

ANDRES. ¿Por qué, criatura?

MARIA. Porque ahora no me va usted á querer, ni tantico.

ANDRES. ¡No quererte yo á tí, lucero de mis ojos! A tí, por quien vivo aun; á tí, por quien puedo volverla á ver... Pero, corramos... corramos en su busca. Ven... Sígueme.

MARIA. Tengo miedo, sin saber por qué.

ANDRES. Maria, hija... aqui estoy... aqui está tu padre... (*Gritando y dirigiéndose hácia la primera puerta. Por la misma sale Teresa, y tropieza con él.*)

ESCENA XII.

DICHOS, TERESA, *despues la* CONDESA, D. LUIS, *el* DUQUE.

TERESA. ¡Eh! ¿no tiene usted ojos en la cara?

ANDRES. ¡Teresa!

TERESA. ¡Madre de Dios!

ANDRES. ¿Ves cómo te decia verdad? (*A Maria.*)

TERESA. ¡Si será alma del otro mundo!.. (*Retrocediendo.*)

ANDRES. ¡Bribona! Tenia pensado acabar contigo donde quiera que te encontrase.

TERESA. ¡Andrés!

ANDRES. No temas: todo lo olvido. Pronto, ¿dónde está?

TERESA. (¡Qué apuro! ¡La Virgen nos ampare!)

ANDRES. ¿No hablas? Mira que si mi ansiedad no se acaba pronto, voy á morirme antes de verla.

MARIA. Vamos, hable usted, que mi padrecito se pone malo.

ANDRES. Habla, ó te escarmiento como pensaba. (*Amenazándola.*)

TERESA. ¡Oh!

MARIA. ¡Padre! (*Deteniéndole.*)

ANDRES. Di.

TERESA. Aquí está.

MARIA. ¿Oye usted? ¡Viva! ¡viva! (*Saltando de gozo, como para alegrar á Andrés.*)

ANDRES. ¿Qué es esto? ¡Ay! á mí me va á dar algo... No, no. Dios santo, no me mates ahora.

TERESA. ¡Ya vienen!

MARIA. Mire usted : allí.

ANDRES. ¡Oh! ¡Mi hija! (*Viendo aparecer á la Condesa y cayendo al suelo sin sentido.*)

CONDESA. ¡Mi padre! (*Saliendo con D. Luis por la primera puerta de la izquierda.*)

LUIS. ¡Eh! ¿Qué dice usted?

DUQUE. ¿Vamos? (*Presentándose en la puerta de la verja.*)

CONDESA. ¡Silencio! (*Bajo á D. Luis. Cuadro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada lujosamente en casa de la Condesa. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa *y* Teresa. *A poco* Antonio.

Teresa. Ya está ahi Antonio. (*Desde la puerta del foro.*)
Condesa. Que venga. ¿Tendré que avergonzarme tambien en presencia de un criado mio?
Antonio. ¿Ha descansado usía del viaje? (*Saliendo á una señal que Teresa le hace.*)
Condesa. Si. ¿Tú acabas de llegar?
Antonio. En este momento.
Condesa. Dime: ¿qué ha sido de aquel gaitero que quedó en la quinta desmayado?
Antonio. Como usía nos mandó, le prestamos socorro, y al instante recobró el sentido; aunque no muy completo, porque empezó á mirar á uno y otro lado, y luego á preguntar á voces: «¿Dónde está?... ¿dónde está?» La muchacha que le acompañaba, respondió: «Se ha marchado.» «¿Por dónde?» «Por alli.» Y echó á correr como alma que se lleva el demonio.
Condesa. (Nada se ha descubierto.) Véte. (*Váse Antonio.*)

ESCENA II.

La CONDESA *y* TERESA. *Despues* ANTONIO.

TERESA. ¿Y si tu padre se nos encaja aquí? y esto es lo que á no dudarlo, sucederá.

CONDESA. Si viene, ya sabes lo que harémos: negar.

TERESA. ¿Cómo yo he de negar ahora, cuando en la quinta no lo hice?

CONDESA. Negarás, Teresa; y si es preciso, jurarás que no le conoces.

TERESA. ¿Y habrá en tí valor para rechazarle si viene?

CONDESA. Si le tuve ayer para partir sin vacilar, ¿podrá en adelante faltarme?

TERESA. Considera que no por eso dejaria de esclarecerse la verdad. Aun es tiempo: suspende este baile; rompe tu proyectado casamiento con el Duque; busquemos á tu padre; volvámonos á nuestra tierra. No te queda otro recurso.

CONDESA. Mayor era tu audacia cuando te dejaste sobornar por el Conde y me aconsejabas que le siguiera, extraviando mi juicio con la pintura de mentidas felicidades. Un poco más de resolucion ahora, Teresa: no labraré yo mi desdicha con mis propias manos. Sin fuerzas que oponer á mi aciaga suerte, á ella me abandono; pero no retrocedo.

TERESA. Reflexiona que á don Luis ya no es posible engañarle: es jóven, atolondrado; el mejor dia puede escapársele una palabra...

CONDESA. Don Luis callará. Para estar segura de su silencio hice como que le revelaba un secreto que él en realidad descubrió.

TERESA. ¡Qué temeridad tan indisculpable!

CONDESA. No, Teresa; no descenderé de la altura en que me miro á tal abismo de degradacion: no causará desprecio quien hoy causa envidia. ¡Oh! ¡Cómo gozarian á mi costa las damas de la córte! ¡Cómo, desde el más grande hasta el más pequeño, se creerian todos en el deber de destrozar el ídolo que los habia esclavizado! Y ¿qué diria la marquesa de Torralva, esa mujer que arriesgaba contentísima su dinero por hacer entrar la justicia en

mi casa, y disfamarme ante la sociedad? ¿Satisfaccion inmensa la proporcionaria mi oprobio. ¡Ser blanco á la befa y al escarnio de todo el mundo!... Recuerda ademas que el Conde se casó conmigo en la confianza de que yo nunca revelaria mi orígen. ¿Debo pagar sus beneficios deshonrando su nombre, envileciendo su memoria? Y hoy, hoy que espero recobrar á la hija de mis entrañas, ¿comprometeré su suerte futura publicando mi mengua, que tambien imprimiria en su frente un baldon eterno? No hay remedio, Teresa: es preciso negar. Entre tanto, ya lo sabes... esta noche un baile magnífico... Convidada está la marquesa, á cuyo agente pagué ya los créditos que contra mí poseia: por de pronto quiero mortificar su vanidad. Cierto que para ello he tenido que apurar mis últimos recursos; no importa: mañana terminará mi viudez y mi desamparo; mañana seré esposa de un hombre noble y opulento como el que más. Adelante: á todo estoy resuelta; venga lo que viniere.

Antonio. El señor Duque de Campo-Real. (*Desde la puerta del foro. Vánse Antonio y Teresa.*)

ESCENA III.

La Condesa *y el* Duque.

Condesa. ¿Viene usted de palacio?

Duque. Si: he visto al rey. ¡Qué bondad la suya!

Condesa. ¿Le ha recordado usted el cumplimiento de la promesa que me hizo esta mañana?

Duque. Su majestad ha ordenado al ministro que el indulto de ese truhan quede en poder de usted esta misma noche. Pero si usted supiese... su majestad...

Condesa. José Ruiz me ha escrito.

Duque. ¿Y qué?

Condesa. Me participa en qué sitio podrémos hallarle á cualquiera hora que sea. Cuando se pone asi en nuestras manos, es indudable que no ha mentido.

Duque. Con efecto... Pues sepa usted que el rey...

Condesa. Confio en que voy á recobrar á mi hija.

Duque. Oigame usted, Condesa, que la noticia que tengo que

darle vale la pena de ser oida.

CONDESA. Diga usted.

DUQUE. Su majestad quiere ser padrino de nuestra boda.

CONDESA. ¡Oh! ¿De veras, Duque?

DUQUE. Quedó tan prendado de usted en la audiencia de esta mañana, y á mí me tiene tan particular aprecio, que ha resuelto de pronto...

CONDESA. ¡El rey padrino de mi boda!

DUQUE. Ya el Conde no puede serlo sino á nombre de su majestad. En seguida iré á noticiarle esta soberana resolucion.

CONDESA. (¡Qué fortuna! ¡qué gloria!)

DUQUE. En Madrid no se habla más que del baile que dá usted esta noche; y nuestro enlace será durante algunas semanas asunto de todas las conversaciones.

ESCENA IV.

DICHOS *y* D. LUIS, *que sale corriendo muy azorado y se detiene al ver al Duque.*

LUIS. ¡Oh! (¡El Duque!)

DUQUE. ¿Qué trae usted, amigo?

LUIS. ¿Yo? Nada... A los pies de usted, Condesa.

CONDESA. Buenos dias, Guevara.

LUIS. (¡Qué contratiempo!)

DUQUE. A usted algo le ha sucedido.

CONDESA. Vamos, sea usted franco. (¿Qué hay?) (*Ap. á D. Luis con anhelo.*)

LUIS. (Animo.) (*A la Condesa.*)

DUQUE. ¡Qué! ¿no quiere decirlo?

CONDESA. (Hable usted.)

LUIS. (Acabo de encontrar á su padre de usted en la calle.)

CONDESA. (Cielos!)

DUQUE. ¡Oiga! El gesto que traia en la cara don Luis se ha trasladado á la de usted.

LUIS. Si, al saber mi fracaso. Lo callaba temiendo que ustedes se riesen de mí. ¡Es cosa tan ridícula un hombre rodando escaleras! ..

DUQUE. ¡Cómo! ¿Usted.?.

LUIS. Si señor... acabo de contar veinticinco escalones con

las costillas.

DUQUE. ¿De veras? ¡Já! ¡já!

LUIS. Hé ahí lo que yo decia: ya se está usted riendo.

DUQUE. Supongo que no habrá que llamar al cirujano.

LUIS. Ciertamente; pero el susto... (Temo que venga aqui. ¿Qué haremos?) (*Bajo á la Condesa.*)

DUQUE. Tome usted un poco de agua con unas gotas de vinagre.

LUIS. Gracias...

CONDESA. (Es preciso alejar al Duque.) (*Bajo á D. Luis.*)

LUIS. Hasta luego. (*Volviéndose hácia el Duque.*)

DUQUE. ¿Eh?

LUIS. Creí que habia usted dicho adios.

DUQUE. Pensando estaba en marcharme.

LUIS. (¡Qué feliz pensamiento!)

DUQUE. Aun tengo infinidad de cosillas que hacer. ¿Me permite usted que le bese la mano?

LUIS. Tiempo le queda á usted para eso.

CONDESA. Hasta despues.

LUIS. Adios Duque. (*El Duque se retira y vuelve.*)

DUQUE. ¿Con que el baile á las diez; la firma del contrato, en presencia de los testigos, de los parientes y de algunos de nuestros amigos más estimados?

CONDESA. Si, eso es.

DUQUE. Seré puntual.

CONDESA. ¡Al fin!...

LUIS. ¡Gracias á Dios!... (*Repítese el juego anterior.*)

DUQUE. ¡Ah! Luis, ¿no sabe usted?... El rey va á ser padrino de nuestra boda.

LUIS. Hola... ¿el rey?... me alegro, me alegro mucho. Vaya usted con Dios. (*Impeliéndole hácia la puerta. Váse el Duque.*)

ESCENA V.

CONDESA, D. LUIS *y despues* TERESA.

CONDESA. ¿Está usted seguro de no haberse equivocado?

LUIS. Le he visto muy bien.

CONDESA. Confieso que no le esperaba tan pronto...

LUIS. Me asusta el conflicto en que usted puede verse. Con tal de que el Duque no se encuentre con él de manos á boca... Casi me alegraria, porque si el Duque se en-

tera del asunto, no hay boda. ¡Oh! soy un insensato.

CONDESA. ¡Qué despreciable debo parecerle á usted.!

LUIS. Estoy tan acostumbrado á que me parezca usted hechicera, que todavia...

CONDESA. ¡Luis!

LUIS. Tiene usted razon: no sé lo que me digo.

CONDESA. Bien estoy pagando mi culpa. Si mi padre lograse averiguar las señas de mi casa...

LUIS. Si viniese esta noche...

CONDESA. ¡Esta noche!

LUIS. Tranquilícese usted: no es lo más probable.

CONDESA. Unicamente puede salvarme la audacia. ¡Qué quiere usted! Una falta es siempre orígen de otras muchas. Debo á todo trance encubrir la verdad; no por mí, sino por la memoria de mi esposo, por el nombre de mi hija.

LUIS. Además, el escándalo seria terrible.

CONDESA. Confio en la lealtad de usted.

LUIS. Justa es esa confianza.

CONDESA. Y espero que usted me ayudará.

LUIS. Haré todo lo que usted quiera.

CONDESA. ¡Ese ruido!... (*Tira fuertemente del cordon de una campanilla.*)

LUIS. Le aseguro á usted que este negocio me acobarda.

CONDESA. ¿Qué me sucederá á mí entonces?

LUIS. Pues nada de eso: con serenidad se han de conjurar los grandes peligros.

CONDESA. ¿Qué hay, Teresa? (*A Teresa que sale por el foro.*)

TERESA. Conozco por tu semblante que lo has adivinado. Tu padre está ahi.

CONDESA. Habla alto. D. Luis puede oirnos.

TERESA. Los criados han tratado de detenerle. Yo conocí su voz; temí que diese á entender algo, y he dicho que le conduzcan á esta sala. Tú verás lo que se ha de hacer.

LUIS. Si: sepamos á qué atenernos.

CONDESA. Apruebo tu determinacion, Teresa. No hay más remedio que jugar el todo por el todo. Síganme ustedes.

TERESA. Tiemblo como una azogada.

CONDESA. No nos atolondres con vanos aspavientos.

LUIS. El lance es grave.

CONDESA. (Calla corazon. Dios dirá.) (*Entranse los tres por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

ANDRES, MARIA *y* ANTONIO.

ANDRES. Si; dígale usted á su señora que Andrés el saboyano quiere verla al momento.

ANTONIO. (¿Por qué habrá mandado la señora Teresa que se deje entrar á este pelagatos?)

ANDRES. Ya podia usted estar de vuelta.

ANTONIO. ¡Y no viene con pocos humos!

ANDRES. Con todos los que me da la gana. ¿Estamos?

ANTONIO. Voy... voy á anunciar la visita de vuecencia. (*En tono de mofa, y éntrase tambien por la puerta de la izquierda.*)

MARIA. ¡Ay padre! Miedo dá estar aqui. (*Examinando la estancia.*)

ANDRES. ¡Qué muebles! ¡Qué lujo! ¿Y esta es su casa? ¡Bah! ¿No supe de antemano en la quinta que alli habitaba la Condesa de Valmarin? Sin duda la tal Condesa es mi hija... ¡Ella condesa!... No hay para qué romperse los cascos, que pronto sabrémos la verdad.

MARIA. Lo que es yo no las tengo todas conmigo.

ANDRES. Desde la puerta creí ver pasar á Teresa. ¡Infame! ¡No haber dicho á mi hija que yo estaba alli!

MARIA. Qué terco es usted, padre. Aquella señora le vió á usted perfectamente.

ANDRES. Tú eres la terca. A haberme visto, ¿se hubiera marchado? Lo que hay de cierto es que la pobre no reparó en mí; y que Teresa, por no sé qué motivo, no le diria nada.

MARIA. Jurara que se fué de prisa y corriendo la tal señora para que usted al volver en sí no la encontrase ya en la quinta.

ANDRES. ¿Qué apostamos á que me enojo contigo? ¿Cómo puede imaginar que huyese de mí? Eres una loquilla que no sabes lo que te pescas. Seguro estoy de que la infeliz se habrá arrepentido de su falta; segurísimo de que me habrá buscado como yo á ella. Verás, verás cómo viene volando á pedirme perdon.

MARIA. Para venir volando, ya tarda.

ANDRES. ¿Pero qué es lo que tú presumes?

MARIA. Yo no sé más, sino que allá fué muy ligera de piernas para marcharse, y que ahora tiene pies de plomo para venir.

ANDRES. Quizá no esté en casa.

MARIA. Nos han dicho que si.

ANDRES. Pueden haberse equivocado. Me estremezco á pesar mio. Despues de tantos años como hace que no me ve... Fuera... fuera malos pensamientos. Mi hija es buena; mi hija me ama. ¡Oh! Teresa... ella la envia sin duda.

ESCENA VII.

DICHOS y TERESA.

TERESA. La señora Condesa quiere saber qué es lo que á usted se le ofrece.

ANDRES. ¿Qué? ¿Te chanceas? Pues, voto á Cristo, que para chanzas estoy yo ahora.

TERESA. Repare usted en dónde se halla, buen hombre.

ANDRES. ¿Buen hombre me llamas?

MARIA. Ay... ay... ay...

TERESA. Pues usted ¿quién es?

ANDRES. ¿Tú me lo preguntas?

TERESA. ¡Ah! Si. Ahora recuerdo: el de la gaita: el que estuvo ayer en la quinta de mi señora.

ANDRES. ¿Con que el de la gaita?

TERESA. Y por cierto que alli todos le tuvimos por loco.

ANDRES. ¿Con que me tuvisteis por loco?

TERESA. Si; porque dió usted en la mania de creerse padre de mi señora la Condesa. Y á fé que si yo no sigo la broma, me hace usted añicos entre sus manos.

ANDRES. ¿Broma, eh?

TERESA. Supongo que no vendrá usted con la misma tema.

ANDRES. ¡Ah vieja infame y descarada, ah bruja maldita!...

TERESA. Cuidado con propasarse. (*Retirándose asustada.*)

MARIA. ¡Si me lo daba el corazon!

ANDRES. Calla tambien tú. A mi hija, aqui como allí, la engañan y le ocultan que yo la busco. Mi hija ignora estas iniquidades que se estan haciendo conmigo... ¡Oh! yo la encontraré, y entonces... (*Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.*)

TERESA. Deténgase usted. (*Tratando de detenerle.*)
MARIA. Mas vale que luego volvamos.
ANDRES. No; ahora mismo.
TERESA. Repito que no se puede pasar.
ANDRES. ¿Que no se puede? Pues ya verás como yo paso.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* D. LUIS.

LUIS. ¿Con qué objeto? (*Presentándose en la misma puerta.*)
MARIA. ¡Ah! la Virgen nos le trae á usted, señorito.
LUIS. Aparta.
MARIA. ¡Oh! (*Con extrañeza y afliccion.*)
LUIS. ¿Con qué objeto quiere usted pasar más adelante? Sepámoslo.
TERESA. Este santo varon está con los angelitos.
ANDRES. ¿Y quién es usted para preguntármelo?
LUIS. Quien le obligará á que respete el lugar en donde se encuentra.
ANDRES. En mi casa estoy, señor mio.
LUIS. ¿Y si yo le mando á usted que se vaya al punto?
ANDRES. Eso, quien podria mandárselo á usted, soy yo.
LUIS. ¿Usted? ¡Já! ¡já! ¡já!
ANDRES. Asi se rien los tontos, caballerito, sin saber por qué.
MARIA. No le haga usted caso. (*A D. Luis.*)
LUIS. Cúmplanse las órdenes de la Condesa. (*A Teresa.*)
TERESA. (¡Ay, no me ha costado poco trabajo!...) (*Váse por el foro.*)
LUIS. Nosotros, arreglemos cuentas, señor insolente.

SCENA IX.

ANDRÉS, D. LUIS *y* MARIA.

MARIA. Oiga usted á mi padre, señor, y verá que tiene motivo para enfadarse.
LUIS. Bien, que hable; pero sin decir desatinos.
ANDRES. Deje usted que antes pueda darme cuenta á mí mismo de lo que me está pasando.

LUIS. Basta de circunloquios.

MARIA. (¡Qué mal genio ha echado en tan poco tiempo!)

ANDRES. No ignora usted que andaba buscando á mi hija.

LUIS. ¿Y qué?

MARIA. ¿Y qué? Que dió al fin con ella.

ANDRES. Mi hija es la señora que ayer tarde salió con usted al parque de la quinta, cuando yo caí desmayado.

LUIS. ¿La Condesa de Valmarin?

ANDRES. La que ahora lleva ese nombre.

LUIS. Vamos, buen viejo, usted chochea.

ANDRES. Comprendo que hay empeño en hacerme creer lo contrario; pero ¡vaya usted á convencer á un padre de que su hija, no es su hija! Escúcheme usted, por lo que mas quiera en el mundo. Volví en mí cuando ya se habia marchado; corrí y divisé el coche en que iba sin duda. A las pocas horas no podia ya seguirme esta pobre criatura: la cogí en mis brazos y corrí más. Seria la una cuando creí que llegaba mi última hora.

MARIA. Si señor: se puso á la muerte, y tendido en medio del camino ha pasado la noche; y cierto que llovia á mas y mejor. Yo, de rodillas, sin pegar los ojos un momento, rezaba por él; y lloraba porque veo que no quiere más que á la otra.

ANDRES. Sentí con la luz del dia reanimarse mis fuerzas; y vuelta á andar, á correr, hostigado por la ansiedad que me aniquilaba. Llegamos á Madrid, pregunto, dícenme las señas de esta casa; vuelo aqui desalado, hallo resistencia en la puerta, la venzo al fin; va un criado á anunciar mi nombre á mi hija, la aguardo y no viene. Esa pícara vieja, que fué quien huyó con ella de nuestro pueblo, niega haberme reconocido en la quinta, y se burla de mí; usted que antes nos amparó, nos maltrata ahora. ¿Qué es esto? Sépalo yo de una vez. Empiezo á maliciarme una cosa que no quiero creer, que no creo, que no creeré nunca; pero que me causa el mismo dolor que si una serpiente me estuviese mordiendo en medio del pecho. ¿Acaso mi hija, despues de haber pisoteado mis canas y desgarrado mi corazon;... acaso porque ahora la llaman Condesa, y no sé por dónde le ha venido este título;... acaso porque yo no conocí á mis padres, porque fuí un miserable titiritero en mi tierra y aqui soy un pobre vagabundo...

acaso?... No: no me atrevo á preguntar una cosa tan terrible... con la pregunta se me iria el alma del cuerpo... ¿Acaso?... Usted me comprende: respóndame usted..... respóndame usted, por Dios, sin que yo se lo pregunte.

LUIS. (¡Pobre viejo! ¡En buen negocio me he metido.!)

ANDRES. ¿Por qué no viene mi hija? Dígamelo usted. No me faltará valor para soportar mi desgracia.

LUIS. No hay paciencia para oir tantas majaderias. ¡Hija de usted la Condesa! ¡Já! ¡já! ¡já! A fé que la ocurrencia es chistosa.

ANDRES. ¿Usted se rie? ¿Usted insulta á un anciano? ¿Usted se burla de la afliccion de un padre?

LUIS. ¿Y qué he de hacer sino reirme? La Condesa pertenece á una familia muy ilustre que yo he conocido. Porque me compadezco de usted, le aconsejo que salga al punto de esta casa, y mañana mismo de Madrid.

ANDRES. El consejo es inútil.

MARIA. Ya estamos hartos de viajes.

LUIS. Esa señora da un baile esta noche, y mañana debe casarse con el Duque de Campo-Real.

ANDRES. ¿Maria se casa con un Duque?

LUIS. Y el rey va á ser padrino de su casamiento.

ANDRES. ¡El rey!

MARIA. ¡El rey! ¡Ave Maria purísima!

LUIS. Como un grave delito seria castigado el menor escándalo que usted promoviese.

MARIA. ¡Ay, Dios de mi vida!

ANDRES. ¿Y qué se me importa á mí de ese baile, ni de esa boda, ni de ese Duque, ni del mismo rey? Quisiera ver cómo se componian para hacerme más desgraciado.

LUIS. Serénese usted, y váyase, por todos los santos del cielo.

ANDRES. ¡Maria me arroja de su casa! Dígale usted que llegará dia en que se arrepienta. Y usted sepa que su oficio en este momento...

LUIS. ¿Eh?

ANDRES. Es un oficio peor que mi oficio de saltimbanqui... ¿está usted? Yo, cargado de años y de ignominia y de pesadumbres, no me cambiaria por usted jóven, galan, feliz y quizá rico y noble; aunque me diesen dinero encima. Si señor, yo valgo ahora más, mucho más mil

veces que usted.

LUIS. (¡Me avergüenza!)

MARIA. Y tiene razon. Usted es un hipocritilla de siete suelas, que ayer con su cara de pascua nos engañó como á unos bobos.

ANDRES. ¿Quién habia de figurarse?

MARIA. Si parece imposible que sea usted el mismo.

LUIS. ¿Pero qué puedo hacer hoy por tí, criatura; qué puedo hacer por usted, buen viejo?

ANDRES. Puede usted llevarnos á dónde esté mi Maria. ¿Teme acaso mi enojo? ¿Es esta la causa por que se aleja de mí? Pues hace mal; que nada tema, que venga y comprenderá hasta qué punto la adoro. Verla una vez siquiera... y despues me iré. Y si mi vida le estorba para algo, que me mande morir y moriré en seguida; y muy contento, si mi muerte ha de causarle placer.

LUIS. (¡Qué hombre! ¡Qué corazon!)

MARIA. Hágase usted cargo, señor: ¡haber andado diez años (1) hala que hala detrás de ese angelito, y encontrarnos ahora con esto!

ANDRES. Ampáreme usted, y no le pesará, que Dios paga las deudas de los pobres honrados.

MARIA. Vamos, señor... ¡le querré yo á usted tanto!...

ANDRES. Hágalo usted por su padre.

MARIA. O por su novia ó por quien usted quiera.

LUIS. Oh ¡Qué charla tan insoportable! Déjenme en paz.

MARIA. ¡Bah, bah! por muy fosco que usted se ponga, ya no me engaña á mí.

LUIS. ¿Qué significa?...

MARIA. A usted se le ha saltado una lágrima.

LUIS. Si, lágrimas... Lo que hago es fastidiarme de oir tantas tonterias.

MARIA. Mírela usted, padre, mírela usted cómo le rueda por este carrillo.

LUIS. ¡Eh! muchacha.

ANDRES. Si. Usted está conmovido..... en vano se esfuerza por ocultarlo. ¡Ah, señor! (*Cogiéndole una mano y besándosela.*)

LUIS. ¿Qué hace usted? (*Queriendo detenerle.*)

MARIA. Bien sabia yo que era bueno. (*Cogiéndole la otra mano*

(1) Diez y siete.

y besándosela tambien.)

LUIS. ¡Qué diablos! se me acabó la paciencia. Cálmese usted, buen viejo. Yo no me he burlado de usted, ni mi ánimo ha sido ofenderle, ni..... y en prueba de ello venga esa mano.

ANDRES. ¡Señor! (*Dándole la mano.*)

LUIS. Apriete usted sin miedo.

MARIA. ¡Qué gusto!

LUIS. Y tú, buena alhaja, con más picardia que cuerpo, ven acá, que en castigo te quiero dar un abrazo.

MARIA. Castígueme usted siempre asi, y no haya miedo que yo me queje.

ANDRES. Con que ea; vamos á verla. Llévenos usted á su habitacion.

LUIS. (Pero... ¿Qué estoy haciendo? Todo lo eché á rodar.)

ANDRES. ¿Vacila usted de nuevo?

LUIS. No... no vacilo... sino que...

MARIA. ¿Qué?

LUIS. ¡Qué sé yo!...

ANDRES. Entonces...

LUIS. Si, entonces... (Vamos, vamos, voy á decirle que se las componga como pueda, porque yo no sirvo para estas cosas.) (*Éntrase corriendo por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA X.

ANDRES *y* MARIA.

ANDRES. ¡Se va!

MARIA. Señor... señor... ¡Cá! no me oye.

ANDRES. ¡Se fué! ¿Qué te parece de esto?

MARIA. Me parece que no hay tu tia, que no vemos hoy á la señora.

ANDRES. Pues si cree qne impunemente ha de burlarse de mí, se equivoca. Si me niega su amor, yo le negaré el mio: tú sola serás mi hija; nos iremos á mi tierra, y al fin descansarás de tantos trabajos.

MARIA. Eso de irnos me parece muy bien pensado.

ANDRES. ¿Cómo tuve corazon para exponer tu salud, y acaso tu vida, en largos y penosos viajes; para verte sufrir todo género de privaciones?

MARIA. ¿Quiere usted afligirme?

ANDRES. Perdóname: ya he reconocido mi culpa. Llegó el mo-

mento de remediar mi injusticia, mi ingratitud.

MARIA. Dale.

ANDRES. Ahora si que voy á ser para tí un padre verdadero; para tí, á quien tanto mal he causado conservándote en mi poder por vil egoismo, mientras que quizá te buscaba una madre infeliz y te esperaban en sus brazos la fortuna y las consideraciones del mundo; para tí, que cuando deberias aborrecerme...

MARIA. Si señor: deberia aborrecerle á usted, porque me dice esas cosas para fastidiarme.

ANDRES. ¡Cá! No viene. (*Mirando hácia dentro.*)

MARIA. Mándela usted á paseo.

ANDRES. Estaba por irme.

MARIA. ¿A que no es usted capaz de que nos marchemos?

ANDRES. ¿Que no?

MARIA. Apostaria las orejas.

ANDRES. Vámonos.

MARIA. Eso es chanza.

ANDRES. Te digo que nos marchamos. Anda delante.

MARIA. ¿Si? Pues paso redoblado.

ANDRES. Pero no; no me iré. (*Deteniéndose en la puerta del foro y volviendo al proscenio.*)

MARIA. ¡Bah!

ANDRES. Me quedo. No; no pienses que por el gusto de verla; nada de eso: la aguardo para castigarla, para confundirla... Te aseguro que ha de conservar un buen recuerdo de mí.

MARIA. Chito. Por allí viene una señora. Es la misma.

ANDRES. ¡Si, ella es! (¡Dios mio!) Vete: espérame ahi fuera, sin charlar por supuesto. Pronto saldré á buscarte.

MARIA. ¡Qué perifollada que viene!... Póngale usted mala cara; duro, duro en ella. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XI.

ANDRES *y la* CONDESA.

ANDRES. (¡No sé qué me sucede al mirarla! Ánimo.)

CONDESA. (Valor. ¡Es preciso!)

ANDRES. (¡Oh, vírgen santísima, qué hermosa está! qué hermosa!..... La verdad es que ella habia nacido para condesa.)

CONDESA. Me han dicho que usted desea hablarme.

ANDRES. ¿Con que era verdad? ¿Con que no quieres reconocerme?

CONDESA. Afortunadamente no ignoro la peregrina casualidad que motiva este suceso. Entre esa jóven que usted busca y yo existe sin duda una semejanza muy singular, cuando ni aun viéndome se convence usted de su error.

ANDRES. ¡Me habré equivocado efectivamente!

CONDESA. Si señor; y confio en que no volverá usted á insistir...

ANDRES. Pero... ¿y Teresa? ¿y el testimonio de mis ojos? ¿y los gritos de mi corazon? ¿Es esto verdad? ¿Cabe tanta perfidia en una mujer? ¿Hay descaro mayor que el suyo? Repite que no me conoces, que no soy tu padre: repítelo si te atreves..... ¡Oh! No te atreverás, porque entonces...

CONDESA. (¡Qué suplicio!) Espero que usted me permitirrá... (*Muy turbada y retirándose.*)

ANDRES. ¡Oh! quieta aqui, señora Condesa... (*Sujetándola bruscamente por un brazo.*) He de saberlo todo.

CONDESA. Pero, advierta usted...

ANDRES. Quieta digo. ¿Temes que te manche con el contacto de mis manos, que te descomponga el vestido, que te arrugue los encajes? Y qué, ¿te has engalanado tanto para imponerme asi más respeto, para turbarme y engañarme más fácilmente? Si, si, buen caso hago yo de tus galas... ¿Por qué te llaman aqui Condesa? ¿De dónde has sacado todo ese lujo que me irrita, que me enfurece? ¡La señora Condesa!... ¿Condesa tú?..... Já, já, já. Si acabarás por hacerme reir.

CONDESA. (¡Oh!) Todo se lo perdono á usted. (*Como haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma.*)

ANDRES. ¿Tú me perdonas? ¿Tú á mí?... ¡Pues no dice que me perdona! ¡Pues no se atreve á perdonarme!.. (*Un reló de sobremesa da las diez.*)

CONDESA. (Las diez!)

ANDRES. ¡Dios mio! ¿Es este el premio de mis afanes? ¿Para esto dispusiste que la encontrara? ¿Y yo vivo aun? Levanta la vista; fíjala bien en mí: estas canas no representan mis años, sino mis sufrimientos; estas canas te acusan. ¿Cómo puedes verlas sin temblar y arrepentirte? Tú si que apenas has cambiado: hermosa eres como antes, sino que antes tu cara celestial no mentia, y ahora es

una mentira... un engaño infame. Recuerda los dias de tu niñez, los de tu juventud, y no habrá hora, no habrá minuto en que no halles una prueba de mi cariño. Mi vida desde que tú naciste no ha sido más que trabajar por tí, ó llorar por tí. Vamos, sé buena. Cuéntame por qué me dejaste, qué ha sido de tí desde entonces, por qué ahora reniegas de tu padre desventurado. ¿Es que te avergüenzas de ser hija mia? Yo no tengo la culpa de mi orígen miserable. Lo que yo hubiera querido es nacer rey; y hasta una corona me pareciera poco para mi hija... Un consuelo, Maria, que ni uno solo he disfrutado desde que tú me abandonaste. Llámame padre, que ha diez (1) años que me diste por última vez este nombre. Mil reconvenciones imaginaba hacerte, mil injurias tenia pensadas para decírtelas; y ya lo ves, lloro y suplico. Te queria aborrecer, y ya ves que te adoro: me habia propuesto maldecirte, y míralo, me arrojo á tus pies. (*Arrodillándose.*)

CONDESA. Levante usted... yo se lo ruego.

ANDRES. Ofréceme que tendrás lástima de mí.

CONDESA. Levante usted por Dios.

ANDRES. No hasta que me hayas llamado padre.

CONDESA. ¡Ah! ¡Señor! (*No pudiendo contenerse.*)

ANDRES. ¡Qué! ¿Al fin lo confiesas, (*Levantándose.*) confiesas que eres mi hija? ¡Ven, hija de mi alma, ven á los brazos de tu padre!

CONDESA. No, no merezco...

ANDRES. Si yo te perdono de buena gana, si los padres no sabemos hacer otra cosa más que perdonar...

CONDESA. ¡Qué horrible combate!

ANDRES. ¿Aun vacilas?

CONDESA. (¡Oh! ¡No puedo más!)

ANDRES. ¡Maria! (*Abriendo los brazos como para recibir en ellos á su hija.*)

CONDESA. ¡Señor! (*Yendo á lanzarse en los brazos de su padre.*) ¡Ah! (*Deteniéndose al ver salir á Maria.*)

(1) Diez y siete.

ESCENA XII.

Dichos, Maria, *y en seguida* Antonio.

Andres. ¡Eh! ¿Quién te llama? ¿Qué quieres?
Maria. Los lacayos me han echado de esas habitaciones, por donde pasa ahora mucha gente.
Condesa. (¡Cielos!)
Antonio. Los salones comienzan á llenarse.
Condesa. (¡Oh!)
Antonio. El señor Duque tambien está ahi y ha preguntado por usia tres veces.
Condesa. ¡El Duque!
Antonio. La señora Marquesa de Torralva acaba de llegar. (*Váse Antonio.*)
Condesa. ¡La Marquesa! La inicua se ha atrevido á venir. ¡Cómo voy á humillarla! Corramos.
Andres. ¿Qué, asi te vas hija mia?
Condesa. (¡Su hija!... ¿Y el Rey? ¿y mi casamiento? ¿y mi venganza?)
Andres. ¿No contestas? ¿apartas los ojos?
Condesa. La interpretacion que ha dado usted á mis compasivas palabras...
Andres. ¡Otra vez! Comprendo por qué vuelves á rechazarme.
Condesa. Le suplico á usted que á lo menos por esta noche...
Andres. Te libre de mi presencia. ¿No es esto?
Condesa. Hablarémos mañana... Se lo prometo á usted...
Andres. ¿Mañana?...
Condesa. Si, mañana...
Andres. ¿Mañana?... ¡Oh! ¡miserable de mí!... ¡Hola! Aqui... aqui todo el mundo! (*Tirando fuertemente de la campanilla y dando golpes sobre los muebles.*)
Condesa. ¿Qué intenta usted?
Andres. Quiero ver á tus duques, á tus marquesas... á tus principes... ¡Hola! señores mios... ¡Hola! (*Dejando caer de una mesa un jarron de china.*)
Maria. ¡Dios nos la depare buena!
Andres. Sepan todos que esta gran señora es mi hija.
Condesa. Señor... señor... ¡No me oye!
Andres. Y yo soy un expósito;... y cuando niño pertenecí á una horda de gitanos, y bailé en calles y plazas, y despues

fuí titiritero. (*Recorriendo frenético la estancia.*)

CONDESA. ¡Silencio!

ANDRES. Y ahora al son de una gaita pido limosna de puerta en puerta.

CONDESA. Silencio, ¡ó yo haré!...

ANDRES. Ya no te quedaba más que amenazarme... Pero ¿está sorda esa gente? ¿No hay quien quiera saber la historia de esta Condesa? (*Sin dejar de tirar del cordon de la campanilla y dar golpes, fuera de sí.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, TERESA, *á poco* LUIS, *despues el* DUQUE, *damas y caballeros.*

TERESA. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? (*Saliendo por el foro.*)

CONDESA. Que ha perdido el juicio.

TERESA. Calle usted, señor, calle usted.

MARIA. ¡Hágalo usted por mí!

ANDRES. No... no hay perdon para ella.

LUIS. ¡Todo lo comprendo! ¡Silencio, desdichado! (*Saliendo por la puerta de la derecha.*)

CONDESA. ¿Qué haré? ¿Qué haré?...

TERESA. Ya estan ahí.

ANDRES. Es mi hija... Digo y juro que soy su padre.

CONDESA. (¡Gran Dios!) (*Viendo aparecer al Duque por la puerta del foro, seguido de varias señoras y caballeros.*)

DUQUE. ¿Qué sucede?

CONDESA. ¡Padre, padre mio, piedad! (*A Andrés bajo con indefinible expresion de ansiedad y ternura.*)

DUQUE. ¿Aquí este hombre? (*Rumores de extrañeza.*)

ANDRES. (¡Su padre ha dicho!... ¡Me ha llamado padre!...) (*Extremecido vivamente.*)

DUQUE. ¿Nadie responde?...

CONDESA. (¡Compasion, padre mio!)

DUQUE. ¿Pero qué significa esto, Condesa?...

ANDRES. Nada entre dos platos, señor... Yo vine á pedir... Esta muchacha ha roto esa hermosa pieza de china... (*Señalando los pedazos del jarron que él ha roto.*) Quise castigarla;... no me lo permitieron... Y como estoy un poco... pues,... ya se vé, me enfurecí y grité de coraje

La pobre señora ni hablar puede del susto que se ha llevado.

DUQUE. ¡Miserable!

CONDESA. ¡Oh! (*Como queriendo dirigirse al Duque para que no agravie á Andrés.*)

ANDRES. (Detente.) (*Conteniéndola.*) Ruego á usía que me perdone.

CONDESA. (¡Padre!)

ÁNDRES. (¡Silencio!)

MARIA. ¡No señor! Esto no se puede sufrir...

ANDRES. ¡Eh! vamos andando. (*Cagiéndola bruscamonte de la mano.*) (¡Me ha llamado padre!... ¡Me ha llamado padre!..) (*Dirigiéndose con Maria hácia el foro.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUIS *y* TERESA.

TERESA. ¿Y la señora?
LUIS. Hace media hora la he visto en el salon del baile animándolo todo con su presencia.
TERESA. ¡Qué dominio tan grande ejerce sobre sí misma!
LUIS. Cuando no se tiene aqui nada... (*Señalando al corazon.*)
TERESA. Compadezcámosla, señor don Luis, que por más que disimule, preciso es que esté padeciendo mucho.
LUIS. Asi me lo figuro á veces; pero siempre vuelvo á insistir en mi idea de que no tiene corazon ó le tiene de mármol... ¿Y el viejo?
TERESA. Sabemos que está ahi cerca en una posada.
LUIS. ¡Infeliz!

ESCENA II.

DICHOS *y la* CONDESA.

CONDESA. Teresa: vé á la posada en que dices se hospeda mi padre, y ruégale en mi nombre que venga. Introdúcele

por la escalera excusada, y dejándole aqui, ve al punto á darme aviso.

TERESA. Está bien. (*Saliendo por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

CONDESA *y* D. LUIS.

LUIS. ¿Va á triunfar al cabo el amor filial de las preocupaciones del mundo?

CONDESA. Antes de que llegue el notario y se firmen los contratos quiero hablar á mi padre y poner en sus manos mi suerte. ¡Si usted viera cuánto padezco!

LUIS. Lo contrario suponia yo hace poco: estaba usted bailando...

CONDESA. No sea usted cruel. Pensé que en aquel wals iba á exhalar mi último aliento. Toda la sangre se me agolpó á la cabeza; sentí moverse el suelo bajo mis pies, y á cada vuelta veia aparecer y desaparecer el rostro de mi padre, que me miraba y me maldecia. ¡Oh, si; cierto es que me he divertido mucho!

LUIS. Pues si lo cierto es que usted sufre tanto, ¿por qué no atropella por todo y dice la verdad á cuantos quieran escucharla? Mas vale la aprobacion de un solo hombre honrado que las vanas atenciones de un enjambre de necios.

CONDESA. Mi padre decidirá: yo no haré más que obedecerle ciegamente. Fáltame valor para atropellar por todo como usted quiere. El mundo me acobarda. Lo pasado encadena lo presente y compromete lo por venir. Me asusta el escándalo que semejante revelacion causaria. Y no parece sino que el destino se complace en aglomerar circunstancias que dificulten y agraven esta horrible situacion en que me veo. La injuria que he recibido de la Marquesa; mi proyectado casamiento con el Duque; el apadrinar el rey mi boda, y hasta la esperanza que abrigo de recobrar á mi hija... todo, todo confunde mi razon y hace que me pierda en un laberinto de dudas y temores. Mi deshonra deshonraria á mi Elena; y ya lo sabe usted, esta mañana me escribió el vandolero José Ruiz, diciéndome que la que sospecha ser hija mia, y el hombre que á él se la arrebató estan en

Madrid, y jurándome de nuevo revelar el paradero de ambos en cuanto se haya conseguido su indulto. Héle aqui. (*Mostrándolo.*)

LUIS. Eficaz ha sido el ministro.

CONDESA. Acaba de enviármelo. ¿Y no imagina usted que tengo que pedirle un favor? ¿Querrá mi amigo servir á una madre, yendo al punto á adquirir las noticias que tanto desea? Conozco que no es ya oportuna la hora, que no hemos de poder empezar á practicar diligencias hasta mañana; pero soy madre: mi impaciencia no hay para qué la explique. De la contestacion de ese hombre adivinaré por lo menos, esta noche misma, si me ha engañado ó no.

LUIS. Estoy pronto.

CONDESA. En este papel (*Dándole uno.*) constan las señas de la casa donde se oculta José Ruiz. Tome usted su indulto. (*Dándoselo.*)

LUIS. Pues voy corriendo.

CONDESA. Semejante comision, ¿á quién sino á un amigo verdadero pudiera confiarse?

LUIS. Haga el cielo que los presentimientos de usted se realicen.

CONDESA. ¡Oh, quiéralo Dios! Muchas veces me llena de gozo esperanza tan halagüeña; y luego la reprimo, creyendo hacer asi nueva ofensa á mi padre. Grandes castigos merece mi ingratitud sin duda, pero no lo será pequeño el no poder abrazar á mi Elena con entera alegria. ¡Abrazarla! ¿Qué digo?... ¿Quizá otro nuevo desengaño?... Seria el último.

LUIS. ¡Señora! (*Alarmado.*)

CONDESA. No me haga usted caso. Vuelvo al salon; buscaré un pretesto para abandonarlo por breves momentos y hablar á mi padre. Usted no se detenga. Cuando regrese estará ya mi suerte decidida. Impaciente aguardo dulcísimo consuelo que me reanime, ó nuevo golpe que acabe de una vez con toda mi resistencia. Hasta luego. Ahora voy á sonreir otra vez, á charlar, á bailar quizá, á ser dichosa! (¡Hija de mi alma!) (*Váse por el foro.*)

ESCENA IV.

D. Luis *solo. A poco* Andres, Maria *y* Teresa.

Luis. Quisiera aborrecerla, bien lo sabe Dios... pero, vamos, es materia imposible. Nada en verdad tiene de divertida la comision, antes recelo que fraguó un cuento aquel perillan para interponer en su favor á la Condesa y lograr el indulto. Y si ahora salimos con que todo se trasforma en tesoro de duendes,... no queda en tal caso otro remedio que romperle el bautismo, y ser despues portador de malas noticias.

Teresa. Por aqui. (*Entrando con Andrés y Maria por la puerta de la derecha.*)

Luis. Buenas noches, señor Andrés.

Maria. ¡Ah! Es el señorito bueno. (*Andrés saluda á D. Luis.*)

Luis. (Parece que ha envejecido dos años en estas pocas horas... Pena me da mirarle. Con que, vamos en busca del señor José Ruiz. (*Váse por la puerta de la derecha.*)

Teresa. Aguarde usted un momento: voy á avisarle. (*Váse por la puerta del foro, dejándola cerrada.*)

ESCENA V.

Andres *y* Maria.

Maria. Pues asi usted lo ha querido, ya estamos aqui.

Andres. Hago mal; lo conozco. No debí nunca volver á verla.

Maria. A mí me tiemblan las carnes de pisar de nuevo estas alfombras.

Andres. Ya te dije que no me siguieras.

Maria. No era cosa de que usted viniese aqui solo. Oiga usted, oiga usted (*Se oye la música del baile.*) cómo se divierten por allá dentro. Y lo que es la señora no dejará de mover los pies.

Andres. ¡Qué vergüenza! ¿A qué habré vuelto yo? Te prometo que nos hemos de retirar en seguida, y que mañana emprenderemos nuestro viaje.

Maria. Cuanto más lejos de esa taimada, mejor.

Andres. No acrecientes mis penas.

Maria. Yo, claro, la detesto con todos mis cinco sentidos.

ANDRES. ¡Oh! (*Con acento de reconvencion cariñosa.*)
MARIA. Vamos, que no la puedo ver.
ANDRES. Con razon la detestas, pero ¡ay! no me lo digas á mí.
MARIA. Si usted me lo consintiese...
ANDRES. ¿Qué?
MARIA. Yo la pondria colorada: y de seguro sin morderme la lengua.
ANDRES. ¡Hija!...
MARIA. ¡Infame! ¡Si parece mentira que haya personas tan malas en el mundo!
ANDRES. } ¡Oh! (*Viendo aparecer á la Condesa en la puerta del*
MARIA. } *foro.*)
MARIA. (¡Me ha oido!... Me alegro en el alma.)

ESCENA VI.

DICHOS, *y la* CONDESA.

CONDESA. Agradezco á usted, padre, que haya venido; y ahora le ruego que me escuche. (*Bajando al proscenio, despues de haber cerrado la puerta.*)
ANDRES. Habla.
CONDESA. Que soy muy criminal, harto me lo dicen mis remordimientos, y no trataré de disculparme.
MARIA. (Parece que no ha roto un plato en su vida.)
CONDESA. Siéntese usted y le explicaré los motivos de mi fuga y la causa de mi proceder extraño y censurable.
ANDRES. Bien: sé breve. (*Sentándose.*)
CONDESA. Vióme y prendóse de mí el Conde de Valmarin en Italia: correspondí á su amor, pero supe defender valerosamente mi honra. Juró ser mi marido, si consentia en huir con él, para que el matrimonio pudiera verificarse en el supuesto de pertenecer yo á ilustre familia. Amaba ciegamente, ¿cómo cerrar los oidos á tan seductor ofrecimiento? Cedí y entregué mi voluntad á mi esposo. Con la fé de bautismo que se creyó mia, con la partida de casamiento y otros papeles relativos á mi supuesto origen, puedo probar á los ojos del mundo que usted no es mi padre...
ANDRES. ¡Maria! (*Levantándose.*)
CONDESA. Pero si usted quiere que se descubra y publique la verdad, dispuesta estoy á hacerlo esta misma noche.

MARIA. (¡Pues, zalamerías!)

ANDRES. ¡Inicua, en vano pretendes engañarme!...

CONDESA. No solo indisculpable vanidad, sino tambien gravísimas consideraciones, han sido causa de mi indigna conducta para con usted. Tiene el mundo leyes y armas que usted no conoce: leyes injustas que no perdonan jamas, armas infames que destrozan y aniquilan. Pretendí ocultar la verdad, para que no apareciesen manchados los blasones de la casa de mi marido y evitar que fuese arrastrada por el lodo su memoria; para no imprimir la afrenta de tener sangre mia á la heredera de su nombre; para no comprometer los futuros destinos de la hija de mi corazon.

ANDRES. ¿Eres madre?

CONDESA. Una hija tuve de quien me he visto privada largo tiempo, y que muy luego espero volver á ver.

ANDRES. ¿Y la quieres mucho?

CONDESA. ¡Oh! más que á mi vida.

ANDRES. Ella me vengará: la que fué mala hija será madre desventurada.

MARIA. (Asi me gusta.)

ANDRES. ¡Ojalá que algun dia!...

CONDESA. Padre!

ANDRES. No... no; Dios eterno, líbrala de semejante desgracia. A nadie, ni aun á tí misma, puedo yo desear tormento tan horroroso.

MARIA. Y eso que á usted...

ANDRES. Partiré al punto; y ni la memoria de tu marido será escarnecida por la gente, ni el nombre de tu hija padecerá menoscabo. Adios.

CONDESA. ¿Asi se marcha usted?

ANDRES. ¿Qué más quieres?

CONDESA. Dice usted bien: adios.

ANDRES. Ven tú, consuelo de mis penas, único sosten de este infeliz anciano. Dejemos, hija mia, los sitios que mancha nuestra presencia. (*Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha y deteniéndose luego.*) ¡No verla más! No, no puedo conformarme con esta idea..... Tenias razon.... no debo irme asi... Oye: (*Volviéndose rápidamente al lado de su hija, y como asaltado de una repentina idea.*) las razones que me has dado me parecen muy justas, muy poderosas. Ya se vé, hay circunstancias en que un

buen hijo tiene que ser malo por fuerza... Te aseguro que me has convencido. Pero ¿no habrá medio de que yo viva á tu lado, sin que el mundo pueda burlarse de tí, ni negar su respeto á la memoria de tu marido y su consideracion á tu hija? Creo que ese medio existe. A ver si apruebas mi proyecto. Yo, cuando esten presentes algunos de esos señores amigos tuyos, vengo, me arrojo á tus pies, te pido perdon por haber hoy escandalizado tu casa, y te ruego que me favorezcas: tú entonces finges compadecerte de mí y haces como que me recibes de portero, de lacayo, de cualquier cosa. Asi viviremos juntos; nos veremos todos los dias... á cada momento; y nadie, nadie podrá imaginarse..... Con que trato hecho: no hay más que hablar. Nosotros sí que vamos á burlarnos del mundo. Delante de la gente tú la señora, yo el criado;...cuando estemos solos, muy solitos, yo tu padre, tú mi hija idolatrada.

CONDESA. ¿Qué me pide usted?

ANDRES. Ni creas que esto puede durar mucho tiempo. Por instantes me van acabando los años y las penas, y cuando menos lo pienses te verás libre de esta pesada carga. Muera yo á lo menos con el consuelo de saber que tú á hurtadillas me cerrarás los ojos.

CONDESA. Muy pervertido está mi corazon; mas consentir en eso que usted me propone seria el colmo de la impudencia y de la iniquidad. No; prefiero revelar el vínculo que nos une. Una palabra, una sola, y verá usted cómo es obedecido.

ANDRES. ¿De qué me sirve á mí tu obediencia? Ser amado, no ser obedecido queria. ¡Estas gentes se figuran que todo es orgullo en la tierra! ¡Vanidad! ¡Maldita vanidad!.... Comprendia yo que se pudiera asesinar por codicia, por odio, por el placer de causar daño; pero un solo dia he pisado estos magníficos salones, y ya comprendo que tambien se puede asesinar por vanidad.

MARIA. Si señora; tiene usted muy mal corazon.

CONDESA. ¡Dios mio! ¡Dios eterno!

ANDRES. Perdóname; no sé lo que me digo. No quiero afligirte cuando te voy á dejar para siempre... Vamos, ¿me permites que te dé un abrazo de despedida?

CONDESA. ¡Señor!...

ANDRES. ¡Maria! ¡Maria! (*Abrazándola.*) ¡Qué feliz soy ahora! Gra-

cias, hija, gracias, porque me has permitido abrazarte. Siento un gran alivio en el alma. Acuérdate alguna vez de tu padre, que no te olvidará nunca.

MARIA. ¡Y le dejará que se vaya!

ANDRES. Se acabó. (*Enjugándose las lágrimas.*) Tú tendrás que hacer. Sin duda te aguardan para el baile, (*Óyese de nuevo la música.*) y te estoy molestando. Adios: ya me voy contento, muy contento... (*Haciendo esfuerzos por contener sus sollozos*)

MARIA. Llore usted, que si no luego va á ser peor.

ANDRES. La verdad es que se me parte la cabeza, que tengo muy oprimido el corazon.

CONDESA. Quédese usted entonces, quédese usted.

ANDRES. Gracias..... no te alarmes. Se me pasará pronto...... Adios, adios para siempre.

CONDESA. Aborrézcame usted.....: despréciame usted. No merezco otra cosa.

ANDRES. ¡Qué locura! No, nada de eso... Otro abrazo... es el último. Ea: ahora sí que me voy. (*Enjugándose las lágrimas y fingiendo alegria.*)

CONDESA. Pero antes... (*Alargándole un bolsillo que saca de un mueble.*)

ANDRES. ¿Qué me das ahí?

CONDESA. Tome usted.

ANDRES. ¿Dinero acaso? Para buscar un corazon llamé á tus puertas, no para buscar una limosna.

CONDESA. Tome usted.

ANDRES. No, no lo tomo, no lo quiero... no lo necesito.

MARIA. No señora: no queremos nada de usted. Por de pronto no nos moriremos de hambre; y luego yo trabajaré para él y Dios me ayudará, porque se lo pediré de todo corazon... Con que guárdese usted su dinero para lo que le haga falta. Nosotros, ya lo dije, de usted nada queremos... nada, ni pan bendito.

ANDRES. Calla, hija, calla.

MARIA. No señor, no quiero callar. Y si usted no fuera tan..... tan..... ¿Qué sé yo cómo decirlo? En su lugar de usted habia yo de verme..... y vaya si me las habia de pagar.

ANDRES. Hija, vámonos.

CONDESA. ¿Por qué llama usted hija á esta criatura? ¿Por qué le llama ella á usted padre?

MARÍA. Porque sí señora: ¿está usted? Porque si. Vámonos.
ANDRES. Esta criatura sabe que no es hija mia, y ya la has oido.
MARIA. Pues; ya me ha oido usted.
ANDRES. Por mí se ve reducida á la miseria, y me adora.
MARIA. Con alma y vida.
ANDRES. Ella misma se ha opuesto á que busquemos á sus padres, por no separarse de mí.
MARIA. Y aunque diesen conmigo, ni á tres tirones me arrancarian de su lado.
ANDRES. A no haber sido por ella, tiempo hace que me hubiera muerto de pesadumbre.
MARIA. Y á no haber sido por él, á mí me hubieran matado los ladrones.
CONDESA. ¿Qué ladrones?
ANDRES. Unos que sin duda se la habrian arrebatado á su familia cuando yo tuve la dicha de salvarla. Adios. (*Dando un paso hácia la puerta de la derecha.*)
CONDESA. ¿Dónde? (*Deteniéndole.*)
ANDRES. En un camino de Andalucia.
CONDESA. ¿Cuándo?
ANDRES. Hace siete (1) años.
CONDESA. ¿El dia? ¿Lo recuerda usted?
ANDRES. Si.
CONDESA. ¿Qué dia?
ANDRES. El quince de Febrero.
CONDESA. ¡Jesus!... No, no puede ser. (*Óyese llamar á la puerta del foro.*)
ANDRES. Llaman. Que no nos vean.
CONDESA. Quédese usted.
ANDRES. ¿Qué tienes?
LUIS. (*Dentro.*) Abra usted, soy yo.
CONDESA. ¡Ah! (*Abriendo la puerta.*)
MARIA. (¿Qué le da ahora?)

ESCENA VII.

DICHOS *y* D. LUIS.

CONDESA. ¿Ha visto usted á ese hombre?
LUIS. Si.

(1) Diez.

CONDESA. ¿Y qué?

LUIS. No vuelvo de mi asombro. (*Mirando á Andrés y á Maria.*)

CONDESA. Hable usted.

LUIS. El que hoy debe tener consigo á su hija de usted es...

CONDESA. ¿Quién?

LUIS. Júzguelo usted misma. Es un gaitero. Se llama Andrés el Saboyano, y el otro asegura que ayer tarde le encontró en el camino de la quinta.

CONDESA. ¿Luego es mi padre?

LUIS. Sin duda.

CONDESA. Padre, (*Corriendo hácia él*) ¿esta niña es la que usted arrebató á unos bandidos hace siete (1) años?

ANDRES. Pues ¿no te lo dije?

CONDESA. Y ¿por qué la conservó usted á su lado?

ANDRES. Porque yo necesitaba de alguien á quien amar. Maria la llamé, como tú te llamabas, y muchas veces me figuré que no te habia perdido.

CONDESA. ¡Si no puedo creerlo! (*Yendo hácia Maria y mirándole la mano izquierda.*) ¡Dios santo! ¡Voy á volverme loca!

ANDRES. ¿Pero qué te pasa, hija mia?

CONDESA. ¿Sabe usted á qué madre desventurada arrebataron la niña que hoy tiene usted en su poder?

ANDRES. Dilo.

CONDESA. ¿Sabe usted quién es esta niña?

ANDRES. Acaba.

MARIA. Si.

CONDESA. Esta niña...

LUIS. Es nieta de usted.

CONDESA. Es la hija de mis entrañas.

MARIA. ¡Ah! (*Dando un grito.*)

ANDRES. ¡Justicia de Dios!

MARIA. ¿Esa... esa es mi madre? (*Apartándose de ella rápidamente, como llena de horror.*)

CONDESA. Si, hija mia: tu madre que te adora.

MARIA. Dios de mi alma, ¿qué pecado he cometido yo para que sea mi madre esta mujer?

CONDESA. ¡Vírgen santísima! (*Cubriéndose el rostro con ambas manos, permanece anonada por su dolor.*)

ANDRES. Te devuelvo á tu hija. Yo parto para salvar su nombre.

(1) Diez.

MARIA. ¿Usted va á marcharse?
ANDRES. Si; es preciso.
MARIA. Pero es que yo no me quedo aqui... yo me voy con usted.
ANDRES. Aqui serás rica.
MARIA. Si yo no tengo aficion al dinero.
LUIS. Aqui llevarás un nombre ilustre.
MARIA. Si á mí me gusta mucho llamarme Maria.
ANDRES. Aqui está tu madre.
MARIA. Pues por eso tambien quiero irme. (*Abrazándose á Andres.*)
CONDESA. ¿Qué dices, desdichada?
MARIA. Que yo no quiero que usted sea mi madre; que yo no la quiero á usted; que no la querré nunca.
CONDESA. Oh, dígale usted (*A Andrés.*) que Dios manda que los hijos amen á sus padres.
MARIA. Pues si lo manda Dios, ¿por qué no quiere usted al suyo?
ANDRES. ¡Qué horrible castigo!
CONDESA. Mira que he llorado siete (1) años por tí!
MARIA. Muchos más ha llorado él por usted.
CONDESA. ¡Qué tormento tan horroroso!
ANDRES. ¿Ves ahora lo que yo te decia?
CONDESA. ¡Oh! (*Dando un grito terrible.*) ¿Qué he hecho yo con usted? ¡Perdon, padre mio, perdon! (*Arrojándose á sus plantas, é inclinando la frente hasta el suelo.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS *y el* DUQUE.

DUQUE. ¿Pero dónde está? (*Dentro.*)
ANDRES. ¡Oh!
LUIS. No hemos cerrado esa puerta.
CONDESA. No importa. (*Sin levantarse.*)
DUQUE. Condesa, el notario... ¿Qué veo?... ¡Otra vez!
CONDESA. Mi hija Elena. (*Levantándose y mostrándosela al Duque.*)
DUQUE. ¡Ah!...
CONDESA. Mi padre Andrés el Saboyano. (*Señalándole.*)
DUQUE. ¡Eh!...

(1) Diez.

CONDESA. Mi padre verdadero.
ANDRES. ¿Qué haces?
LUIS. Lo que debe. (*Con íntima satisfaccion.*)
CONDESA. Rehabilitarme á los ojos de Dios y á mis propios ojos.
MARIA. ¡Hija de mí corazon! (*Estrechándola entre sus brazos y cubriéndola de besos.*)
MARIA. ¡Madre, madre de mi alma! (*Arrojándose en los brazos de la Condesa.*)
CONDESA. ¡Ah! ¡Bendita sea tu justicia, Señor! ¡Bendita, Señor, tu misericordia!

FIN DEL DRAMA.

tectura de las Lenguas, por D. Eduardo Benot.—Se reparte por ernos semanales de **una** peseta, que contienen 56 páginas.—Está termina- consta de 32 cuadernos. Lujosamente encuadernada, en tres tomos, en tela, **38** pesetas.

dia castellana y Versificación, por D. Eduardo Benot.—Se re- por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—Está inada y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** céntimos.— samente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale **30** pese- **5** céntimos.

nario de Asonantes y Consonantes, por D. Eduardo Benot. eparte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.— un volumen de 1.088 páginas, que encuadernado en tela vale **19** pesetas.

ica orgánica, por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.° prolongado, 24 páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en provincias.—La adernación en pasta entera, **2** pesetas.

nario Latino-Español Etimológico, por D. F. Salazar y Quin- precedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos gramati-* —Un tomo en 4.°, **10** pesetas **50** céntimos en rústica y **12** en pasta ó tela.

os de Latín, primero y segundo curso.—El primero forma un volumen 4 páginas en 4.° prolongado, y encuadernado en tela, con CLAVE DE TEMAS por ado, en rústica, de 32 páginas, **5** pesetas.—El segundo es un volumen igual CLAVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y condiciones.

ntos de Historia Natural, con un prólogo del Dr. Carracido.— olumen en 4.° prolongado, con infinidad de grabados intercalados en el , encuadernado en pasta, **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.

nario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un tomo en 8.°, adernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.

nario Francés-Español y viceversa, por el mismo autor.—De igual ño y precio.

an Apóstol, vida legendaria de San Pablo, por A. Bravo y Tudela.—Un en 4.°, de cerca de 300 páginas.—Precio: **2** pesetas.

ia de Santa Catalina de Siena, por D. Adolfo de Sandoval.— omo de 336 páginas, en 4.°—Precio: **2** pesetas.

iceta Roja, novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408 páginas, setas.

e Lecciones de Francés, por D. Luis Besses, Catedrático de dicha atura en el Ateneo de esta Corte.—Un tomo en 4.° prolongado, **5** pesetas.

equeñeces.....—*El Jesuíta*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.
» *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.

rosas publicaciones por entregas con magníficas láminas al cromo, tidas por cuadernos semanales.

teca del Renacimiento Literario.—Van publicados *veintiséis* s, á **2** y **3** pesetas uno.

EN PREPARACIÓN

RIOSIDADES HISTÓRICAS, POR D. J. A. BERMEJO